

CARTA LXXXI

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Quiere Jesucristo "establecer en nuestro corazón el imperio de su puro amor". ¿Cuál es el camino más breve y más cierto para esto? No tema, abandónese a ciegas; no se preocupe por nada. Consejos en las tentaciones de fe, repugnancias y tempestades interiores. Notable declaración acerca de las cartas que escribe Margarita.

¡Viva † Jesús!

[Marzo 1688.]

Ruego al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús que establezca para siempre en los nuestros su reinado de amor y de paz. El mío, mi amadísima Hermana, le ha bendecido con todo el afecto de que es capaz, cuando al leer su querida carta, me ha hecho descubrir tantas misericordias y gracias con que previene a su querida alma; porque, lejos de encontrar cosa mala en lo que me dice, no veo en todo ello más que motivos para alabar su bondad por su amoroso proceder con V. C., para hacerla llegar al fin que pretende, que es, si no me engaño, establecer en su corazón el imperio de su puro amor, para hacerla reinar, como espero, eternamente en el cielo.

Y esto no se consigue más que por ese camino humilde, abatido y abyecto; y todas esas ocasiones que le presenta le deben ser infinitamente preciosas, porque son toques de amigo y que salen de un Corazón verdaderamente enamorado del suyo, del que es en extremo celoso. Por eso se da prisa para arrancar todo lo que pueda haber en él de terreno y humano, con tal de que le deje en libertad y corresponda, según las luces que le dé, a sus adorables designios.

¡Ah, amadísima Hermana, si conociese el honor y la gracia que el Rey del cielo le concede, dignándose abajarse así hasta su corazón! Cuántas veces le dejaría solo en él, si El no permitiese quedarse tan cortada al tratar con otros sin éxito en sus empresas, para hacerla ver que no debe buscar placer ni consuelo en las cosas pasajeras, sino en sólo El. Porque deseando ser todo suyo, quiere que reciba esa clase de humillación, como señal que El da, de que la espera en lo más íntimo de su corazón y que debe abandonarlo todo para ir a hacerle compañía

del modo que a El le plazca, ya sea rindiendo homenaje a su omnipotencia por su impotencia, dejándole obrar en V. C. y por V. C. ya sea por medio de nuevas humillaciones que le hará encontrar dentro de sí misma. Que éstas son como otros tantos escalones para hacerle bajar al abismo de su nada, y tener allí con V. C. sus complacencias, porque este soberano Dueño de nuestras almas sólo se complace en las almas abatidas...

Para estar del todo en El, no debemos estar nada en nosotros. Considere, pues, querida amiga, esta senda tan humilde, como la única verdadera que él mismo le ha trazado, y como la más segura para llegar a El. Vaya por ese camino recto con paz y agradecimiento, sin preocuparse de ver lo que hace, ni si adelanta o no; abandónese a ciegas, llena de fe y de confianza, al cuidado de su amorosa providencia, sin volver atrás; porque el excesivo cuidado que tuviese de sí misma le estorbaría a El tenerlo de V. C. y hacerla adelantar en un mes más de lo que pudiera hacer de ordinario, y esto sin que lo notase. Y ¿qué es lo que teme yendo por un camino tan seguro como es el de las humillaciones, de las cuales la mejor es la que no conocemos? Pues esto es propio de la humildad, que desaparece desde el momento en que reparamos que la tenemos.

En cuanto a las penas que dice sentir en las tentaciones contra la fe, no tiene que hacer más que apartarlas con toda sencillez haciendo actos contrarios, en cuanto le sea posible, porque esos mismos actos servirán para purificarse más y más en esa virtud.

Pero, ¡Dios mío!, mi querida amiga, ¿tendré al fin que decirle que no encuentro en su escrito más que una cosa que me apene? Es que no veo en él bastante abandono y confianza; esto es, si no me engaño, lo que me parece que más desea de V. C. su buen Maestro. Déjese guiar y piense, con frecuencia, que jamás perderá el hijo cuando se halla en los brazos de un Padre omnipotente.

No deje de visitar al Santísimo Sacramento por la repugnancia que siente; sino que es menester que la ofrezca a Nuestro Señor para honrar la que El quiso sentir en el Huerto de los Olivos; así se burlará de su enemigo, que por ese medio querría apartarle de la virtud. Asimismo, cuando levante esas turbaciones y tempestades en su interior, vaya a buscar la paz en

el Sagrado Corazón por medio de actor de amor y de abandono, sin entretenerse en mirar lo que pasa en V. C., negando obstinadamente su consentimiento a esa clase de afectos, sin consentir que cosa alguna le quite la paz.

He ahí sencillamente, amadísima Hermana, lo que me ha venido al pensamiento ante la imagen del Sagrado Corazón, en contestación a lo que su corazón me dice. Pero lo que me apena y debo decirle en confianza, es que olvidándome de lo que escribo, y no pudiendo releer las cartas por el sufrimiento que esto me causa, y que me impulsa a quemarlas, teniendo por este motivo orden de no volverlas a leer, me quedo con la pena de haber repetido siempre la misma cosa. Si esto es así, échese la culpa a sí misma, que solicita con excesiva frecuencia estas cartas; pero si en ellas encuentra alguna cosa de provecho, de gracias al Sagrado Corazón, que concede a vuestra humildad, que se dirija y confíe del modo que lo hace a la más miserable e indigna de todas las pecadoras, que no practica nada de la virtud de que habla. Por lo cual no se fíe de ella, se lo digo como amiga, a fin de que no quede engañada.

Pida al Señor que me convierta, y esté segura de que no la olvido en su presencia. Y le confieso, mi querida amiga, que aunque hubiera hecho especial estudio para explicarle mi deseo en cuanto a la estampita, no la hubiera hallado tan a mi gusto; y me quedé tan (¿contenta?), que se la enseñé a todas nuestras Hermanas, las cuales se quedaron con deseos de tenerla, pero la conservo yo con licencia; siendo esto del todo contrario a mi costumbre, pues no tengo mayor placer que el de no tener nada. Le doy las gracias de todo corazón, pero no debe esperar más de mí.

En cuanto a las cartas de que me habla V. C., no las he recibido; yo le he escrito dos, que no sé si habrá recibido. Adiós, mi queridísima y amadísima Hermana; sea toda de Dios, sin reserva. Y que todo lo que hay en nosotras sea purificado por su amor crucificado en el cual soy toda suya, con el más sincero afecto de mi corazón, que la ama de verdad en el de nuestro buen Maestro,

Sor Margarita María.

De la Visitación de Santa María.

D. S. B.

CARTA LXXXII

A SU HERMANO, CURA DE BOIS-SAINTE-MARIE (40)

Vivísimos sentimientos de gozo por ver a su hermano hecho un apóstol del Divino Corazón. Le felicita efusivamente y le urge de nuevo al fervoroso ejercicio de la virtud. "La corona sólo se da a los vencedores".

¡Viva † Jesús!

[1688.]

No podías proporcionarme gozo más dulce, mi queridísimo hermano, que demostrándome el celo con que el adorable Corazón de Jesús te anima a amarle y darle a conocer y a procurar que los demás le conozcan, amen y honren, haciendo cuanto puedes para establecer el reinado del puro amor en las almas. ¡Ah! es cierto que me has cogido por lo que mejor habría de cautivar mi ruin corazón, que sólo con eso se conmueve, sólo eso desea, y no suspira por otra cosa que por ver reinar al de nuestro soberano Dueño en todos los corazones que puedan amarle.

Ahora ya no puedo dudar de la santa unión que su puro amor ha establecido en nuestros corazones, puesto que te ha comunicado un deseo que yo jamás me hubiera atrevido a proponerte por no dejarme hacerlo el mismo Sagrado Corazón, hasta que dieses, de propio impulso, el primer paso. El quiere que por esta tu voluntad, como si fuese mía, le dé yo lo que desea recibir de ti y de mí. Ahora sí que conozco que tu amistad es verdadera, pues comienza por darme las pruebas que deseaba.

¡Qué consuelo tan grande es para mí verte tan liberal con este amable Corazón de Jesús!, el cual entiendo que con esto te da muy evidente prueba de que quiere desprender por completo tu corazón de las cosas de la tierra, porque quiere que

(40) Las oraciones y consejos de la Santa producían frutos abundantes en Bois-Sainte-Marie. De acuerdo con su hermano el alcalde, Santiago Alacoque organizó en su parroquia el culto perpetuo al Corazón de Jesús; la liberalidad de la piadosa familia comenzó a edificar una capilla; el buen sacerdote fundó en ella misas y sólo deseaba que llegase el momento de celebrarlas en el nuevo edificio. Las cartas de su hermana demuestran un aumento de afecto, fácil de comprender.

seas santo. Sí, mi querido hermano, así lo espero, y sólo de ti dependerá hacerte santo por medio de las regaladas gracias que sin duda El te concederá, si correspondes a ellas, siguiendo fielmente las santas inspiraciones y buenos movimientos que para esto te dé. Te costará trabajo, es cierto, a causa de la naturaleza, que teme su propia destrucción y todo lo que la hace sufrir. Pero ¡ay! ¿es posible acaso mortificarla sin hacerla sufrir mucho, cuando no hay en nosotros cosa que a eso no se oponga?

Porque las pasiones se sublevan continuamente, y eso nos hace caer a cada paso. Mas no hemos de perturbarnos por eso, ni dejarnos llevar del desaliento; antes es menester hacernos violencia, aprovechándonos de las mismas caídas, para animarnos al combate con el ejemplo de los santos, que como nosotros han sentido flaquezas. Así pues, es menester, como ellos, luchar contra nosotros mismos hasta el fin, y morir con las armas en la mano; porque la corona se da a los vencedores.

Ya comprenderás, mi querido hermano, que no te invito con esto a que hagas grandes austeridades, pero sí a una generosa mortificación de tus pasiones e inclinaciones; a desprender tu corazón y a vaciarlo de todo lo terreno; a ser muy caritativo con el prójimo, y liberal para con los pobres; a no mirar más que a Dios en todo lo que hagas, a buscarle con sencillez, pureza y humildad de corazón, no teniendo otra mira que la de agradarle, atribuyéndole la gloria de todo, sin preocuparte de la estima y reputación de las criaturas. ¡Ah!, mi querido hermano, cuidemos de que nuestra vida no deshonne la santa vocación a la cual hemos sido llamados, y que pide vivamos una vida angélica. Ya ves la libertad que me da nuestra santa unión para decirte sin rodeos lo que me viene al pensamiento, porque sé que la verdadera amistad del Sagrado Corazón lo excusa todo.

Animo, pues, mi querido hermano; termina lo que has comenzado en favor de este divino Corazón, y cree que El te pagará centuplicado lo que hagas por su amor.

CARTA LXXXIII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Transportes de alegría al ver el cuadro pintado para la capilla del jardín.
Vivir anonadada para que El reine.

¡Viva † Jesús!

1688.

Le doy las gracias, mi queridísima Madre, por la estampa que se ha dignado enviarnos. No puedo explicarle el dulce transporte de alegría que sintió mi corazón a vista de nuestro cuadro; lo encuentro tan hermoso, que no me canso de mirarlo, y de darle mil y mil bendiciones. Pidamos, mi buena Madre, al amable Corazón, que conserve esta devoción, y que llene de la unción de su gracia y de su abrasada caridad a todo los que se dirijan a nosotras. Para mí sería indecible placer vivir anonadada para conseguir que El reine. No se canse de trabajar en esto, se lo ruego encarecidamente.

CARTA LXXXIV

A LA HERMANA F. M. DE LA BARGE, MOULINS

Cómo prepararse para recibir las visitas del Salvador resucitado. "Lo mejor es abandonarnos en las manos de Dios".

¡Viva † Jesús!

[Marzo o Abril de 1688.]

Es muy de sentir que se hayan perdido estas cartas, y nuestra muy respetable Madre (*María Cristina Melín*) ha sentido mucho que se perdiese el paquete que le enviamos por Bourbon; en cuanto a mí, tengo el propósito de escribir lo menos posible. Y como me parece que cuando reciba ésta se habrá terminado ya este santo tiempo de cuaresma, le suplico que disponga su corazón a recibir las visitas de Nuestro Señor durante esos otros cuarenta días. Y para esto es preciso tener todos nuestros sentidos en retiro por medio de un santo recogimiento

interior, desterrando todos los pensamientos inútiles y las consideraciones sobre nosotras mismas, que sólo sirven para turbarnos y quitar la paz a nuestra alma, sin la cual jamás podrá ser el santuario del Señor, de cuya mano debemos recibir lo que nos suceda, así los empleos como todo lo demás, sin pedir ni rehusar nada.

En cuanto a mí, tengo que confesarle que no se puede figurar qué vivamente he sentido mi flaqueza en esta ocasión, con motivo de los cargos, por mi falta de sumisión, que me ha hecho representar muchos papeles, a fin de verme libre del nuestro, aunque en vano. Por esto, lo mejor es abandonarnos en las manos de Dios y olvidarnos enteramente de nosotras mismas, no queriendo ni deseando nada, que así lo hallaremos todo en Dios. ¡Sea El bendito!

María concepta est sine peccato.

CARTA LXXXV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Pesada cruz la correspondencia epistolar. "La cruz es buena en todo tiempo y en todo lugar". Otro cuadro del Sagrado Corazón de Jesús para el Oratorio del Noviciado. El único consuelo de la Santa. "Las mayores amarguras son para mí regaladas dulzuras en este adorable Corazón, donde todo se trueca en amor".

¡Viva † Jesús!

[Hacia fines de Abril de 1688.]

No hay, pues, medio, mi querida Madre, de que yo pueda dejar de escribir, a pesar de todas mis resistencias, que le declaro son muy grandes en este punto, porque deseo con toda mi alma no omitir cosa que pueda contribuir a apagarme y borrar-me de la memoria de las criaturas, para sepultarme mejor en el olvido y desprecio de ellas, que es lo único que se me debe. Pero, ¡ay de mí! Dios permite muchas veces todo lo contrario, y téngolo por castigo merecido por mis pecados. Le confieso que es uno de mis mayores sufrimientos, aunque me hallo muy indiferente a todas las disposiciones de la divina Providencia.

[Mas dígame qué debo hacer, porque el gran número de cartas que me escriben me quita todo el tiempo y me hace sufrir

una especie de martirio rigurosísimo, viendo que he engañado así a las criaturas, aunque sin quererlo. Y me parece que no hay cosa mejor para desengañarlas que callar, dado que me siento tan fuertemente impulsada a hacerlo, que ya no me puedo resistir, sino haciéndome extremada violencia, ya sea en cuanto a ir al locutorio, ya en cuanto a escribir cartas; de tal suerte, que si la obediencia no me obligase en este punto, no haría ni una cosa ni otra, lo cual me consuela.]

Me consuelo pensando que es una cruz y que la cruz es buena en todo tiempo y en todo lugar. Poco importa saber de qué madera está formada; debe bastarnos que nos venga de parte del Sagrado Corazón de Nuestro Señor.

No sé mi me engaño, pero me parece que la ha favorecido con ella al presente, así como a su sobrina, que a mi juicio es un alma escogida. No dejo de rogar por ella, a fin de que si no es la voluntad del Señor librarla de sus penas, le dé al menos perfecta conformidad con su santísima voluntad. Creo que quiere servirse de estos medios para purificarla y santificarla, con tal que haga buen uso de ellos. Téngala por muy dichosa, mi querida Madre, porque en esto le da señaladas pruebas de su amor.

Debo decirle que tenemos ya otro cuadro del Sagrado Corazón, que encargó una de nuestras Hermanas. En la parte baja está la Santísima Virgen de un lado, y San José del otro, y en el centro un alma suplicante. Está como yo lo deseaba para esta capillita, que se ha erigido en honor de este divino Corazón (41). Nuestra querida Hermana Des Escures, es quien cuida de ella. La saluda y conserva siempre mucha amistad y estima para V. C.

[Tuve la dicha de pasar la noche del Jueves Santo en presencia del Santísimo Sacramento, donde no me olvidé de V. C., ni tampoco de rogar por las intenciones por las cuales desea que pida. Le aseguro que aunque fuese yo tan ingrata que la olvidase, la quiere demasiado el amable Corazón de mi Sobrano Dueño, para que me dejase hacerlo. A veces me quita el poder escribir como desearía, de suerte que cuando cojo la pluma,

(41) Esta capilla no era el edificio en el fondo del jardín, sino sencillamente un pequeño oratorio donde las Hermanas novicias habían colocado la imagen del Sagrado Corazón, a principios de 1687.

me quedo sin inteligencia para poder hacerlo; así que la dejo, y me abandono a El. La vida es para mí tan pesada cruz, que no hay en ella ningún consuelo.]

Tampoco me olvido yo de V. C. en la presencia del Señor, el cual me hace la vida tan amarga, que no hay en ella ningún consuelo para mí, salvo el de ver reinar al Corazón de mi adorable Salvador. El me favorece con sufrimientos extraordinarios cuando esta devoción toma algún incremento. Pero no hay nada que no quisiera hacer y sufrir para esto; las mayores amarguras son para mí regaladas dulzuras en este adorable Corazón, donde todo se convierte en amor.

Mi mayor pena es pensar que le sirvo de obstáculo, y eso me hace desear la muerte muchas veces. Y hasta me parece que con mis infidelidades atraigo todas las calamidades que suceden, y lo que más me hace sufrir es no poder vengar en mí misma las injurias que se hacen a mi divino Salvador en el Santísimo Sacramento del altar. Ya ve, mi querida Madre, cuánto necesito del socorro de sus santas oraciones, para que me ayuden a caminar hasta el fin en el cumplimiento de la voluntad de mi Dios.

[Adiós, mi toda amable Madre; toda suya en el amor del Sagrado Corazón.]

CARTA LXXXVI

A LA MADRE DE SOUDEILLES, MOULINS

Delicados sentimientos de espiritual amistad, envueltos en un bajísimo concepto de sí misma. Le agradece un regalito.

[Abril o Mayo de 1688.]

Es demasiado buena, mi respetable Madre, con una persona tan indigna de que se acuerde de ella; eso, no obstante, le suplico que no se olvide de mí en la presencia de nuestro divino Maestro. El es el único que puede conocer el deseo que tengo de darle verdaderas pruebas de la sincera dilección que El mismo me da hacia V. C. Mucho más obligada le quedaría si me hiciera el favor de abandonar esos sentimientos de estima que V. C. ha concebido tan injustamente de una miserable como yo, que sólo sirve para atraer la cólera de Dios, y detener el curso de su misericordia.

Pero no me atrevo a detenerme en este abismo de mis miserias, por temor de hundirme en ellas y no poder salir. Mas esté persuadida, mi muy querida Madre, que aun siendo tal cual soy, no la olvidaré en mis pobres oraciones, sino que en ellas siempre tendrá la mejor parte, porque sus merecimientos no se borrarán jamás de mi memoria ante el Señor.

He tenido el honor de ver al dignísimo señor que V. C. nos indicaba en la suya durante un corto espacio de tiempo; lo cual, sin embargo, no fue obstáculo para que quedase íntimamente persuadida de su virtud y gran mérito. Además venía de parte suya, y esto era suficiente para que se ganase mi consideración. No vuelva, pues, a hacerme esa injuria de creer que la olvido.

Ya no me queda tiempo más que para darle las gracias por las tijeras que V. C. nos ha enviado; ruego al Señor que sea El su recompensa, porque todo lo que se nos da lo recibo como limosna, y como venido de su mano. Pido a la divina Bondad que la llene de sus más preciosas gracias y que la consuma en los ardores de su Sagrado Corazón, en el cual soy suya más que de nadie, con profundo respeto.

CARTA LXXXVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Tesoros de amor y de gracias para los apóstoles. "Doce estrellas brillantes alrededor del amante Corazón". "Bastante recompensadas con darle gusto". ¿Por qué quiere ser conocido y amado el Corazón del Salvador? Los billetes para los enfermos. La gran promesa, 12.^a de las generales. ¿Por qué sufría una religiosa en el Purgatorio? "Le he escogido por mi Director; no me perdona nada". No cesar nunca en la grandiosa empresa de dilatar su reinado de amor.

¡Viva † Jesús!

[Mayo] 1688.

Mi queridísima Madre: Si el Corazón de nuestro buen Maestro me hace encontrar consuelo en recibir sus cartas y en enviarle las mías, así también me quita la libertad de hacerlo tanto como desearía; y esto me obliga a aprovecharme de este momento libre para hablarle con el corazón en la mano, mani-

festándole lo que pienso acerca de la devoción al Sagrado Corazón, conforme al deseo que me demuestra, aunque la cosa me parece bastante difícil, porque no obstante lo miserable y perversa que soy, me siento como abismada en este Divino Corazón. Si no me engaño, estoy como en un abismo sin fondo, donde me descubre tesoros de amor y de gracias para las personas que se consagren y dediquen a rendirle y procurarle todo el honor, el amor y la gloria de que sean capaces.

[Pero son tesoros tan grandes, que me es imposible explicarme de otro modo, más que diciéndole que son felices V. C. y toda su santa Comunidad, pues me parece que tendrán buena parte en ello, sobre todo vuestro confesor, vuestra muy respetable Madre y V. C.

Al recibir la sagrada Comunión quise cumplir con el encargo que me había dado de ofrecerlos a los tres a este amable Corazón. Me parece haber oído estas palabras de un modo muy claro: *Sí, los recibo para siempre en la unidad de mi amor*. Lo que imprimió en mi alma afectos tan llenos de suavidad que quedó como transportada de alegría al saber que estabais en el número de sus amados predilectos.

En otra ocasión, tratando familiarmente con su indigna esclava, le mostró y le dio a entender que se formaría una corona con doce almas de las que más amaba y de las que le hubiesen procurado más gloria sobre la tierra; que las pondría como doce estrellas brillantes alrededor de su Sagrado Corazón. Me parece que era V. C. de este número; pero no le contaré esto con detalle, porque en cuanto noto que tengo alguna parte en lo que digo, caigo en un abismo de confusión donde sufro una especie de martirio [tan doloroso, que con frecuencia no tengo valor para proseguir.] Pero ¡ay, Dios mío!, mi querida Madre ¿qué le diré sino que no se canse, puesto que El recibe con agrado sus servicios? Ya quedamos bastante recompensadas con darle gusto.

Me parece que en su Comunidad está como en el lugar de sus delicias, a fin de derramar en ella abundantemente las profusiones de su amor, por medio de gracias santificantes y saludables. Así también, lo que le hace desear ser conocido, amado y glorificado de sus criaturas, es el ardiente deseo que tiene de comunicar esas gracias a las almas y a los corazones bien

dispuestos, en los cuales quiere establecer su imperio, como manantial que es de todo bien, para proveer a sus necesidades. Por lo cual quiere que todos se dirijan a El con gran confianza.

Uno de los medios más eficaces para obtener lo que pedimos, es hacerlo los Viernes por medio del Santo Sacrificio de la Misa, encargando que digan tres o cinco en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor. Varias personas que se hallaban en el último extremo, han sido curadas de un modo milagroso; mi hermano el sacerdote es una de ellas. Se dan a los enfermos cinco billetes para que se los traguen por las mañanas, en los cuales escribe de un lado: ¡*El Sagrado Corazón de Jesús te cure!*, y por el otro: ¡*Alabada sea para siempre la purísima e inmaculada Concepción de María Madre de Dios!* Todo ello en abreviatura, si se quiere.

Un Viernes, en la Sagrada Comunión, dijo estas palabras a su indigna esclava, si no se engaña: *Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen Nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la Penitencia final; no morirán en mi desgracia y sin haber recibido los Sacramentos; mi divino Corazón será su asilo seguro en el último momento* (42).

[Con razón, mi querida Madre, desea estar unida con las

(42) Esta es la famosa y consoladora *Gran Promesa de los nueve Primeros Viernes de mes*. Y este texto escrito por la Virgen de Paray a su santa amiga la Madre de Saumaise es el texto original del cual se han derivado las otras redacciones que de la misma poseemos.

Desgraciadamente no conservamos el autógrafo mismo de la Santa, sino una copia fiel, pues todas las cartas dirigidas a dicha Madre, y que se hallaban en la Visitación de Dijon, desaparecieron durante la Revolución Francesa. Mas esta circunstancia en nada invalida la autenticidad de la preciosa fórmula, textificada como está por otros tres documentos fehacientes:

El de las religiosas llamadas «Contemporáneas» en la vida de su hermana Margarita.

El de Monseñor Languet en la vida que de la misma compuso.

Y el de una copia del original de esta misma carta hallada por el P. Hamon, S. J. en 1903 en Rouen.

Los cuatro documentos convienen de tal modo en las palabras sustanciales, que con razón afirma el citado Padre que «el texto de la carta a la Madre de Saumaise tiene para nosotros el valor de un autógrafo. Es pues *absolutamente histórica* la Gran Promesa; Santa Margarita nos la ha transmitido.

Es también *teológicamente cierta*; es decir, que a ella se la reveló nuestro Señor Jesucristo. Punto que no desenvolvemos por no alargar demasiado esta nota. Claro está que la *Gran Promesa* ni nos da ni nos puede dar

almas santas que honran a este Divino Corazón, que son muchas. Debo especificarle entre ellas a cierto religioso, que me parece está a más de doscientas leguas de aquí, el cual, sin haberme visto nunca, ejercita la gran caridad conmigo, de decir por mi intención la Santa Misa todos los primeros Viernes de mes durante mi vida, después de haberla dicho todos los sábados durante un año, sin que nadie le impulsara a hacerme esta práctica de caridad, sino el Sagrado Corazón de Jesús. Porque me dice que celebrando la Santa Misa se sintió tan fuertemente impulsado a concederme este beneficio, que no pudo resistir, y esto fue en un tiempo que tenía yo gran necesidad, pues jamás me había visto reducida a semejante estado de sufrimiento. Y la obra de caridad que hizo le fue devuelta por parte del Divino Corazón, al cual he entregado todo el bien que se me hace y El mismo cuida de recompensarlo; lo que ha hecho tan liberalmente, según confesión del mismo Padre, que nunca había recibido tan grandes favores.]

Ha permitido, además, a su indigna esclava para que ella se dedique únicamente a amarle, que rogará El mismo a su Padre por las personas que se encomiendan a sus oraciones. Cómo podría contaros, mi querida Madre, las misericordias de este amable Corazón? Nunca fueron mayores ni más excesivas para mí, a pesar de mis ingratitudes. Me considero únicamente como un obstáculo al acrecentamiento de su gloria y a la difusión de sus gracias en las almas, a causa de la vida floja que llevo, que con frecuencia me hace objeto de su justa cólera.

Le pido algún socorro para nuestra pobre Hermana N, por la cual he ofrecido a Nuestro Señor, desde el principio de este

una certeza *absoluta, indudable y divina* de nuestra salvación, que nadie puede tener sin expresa revelación personal de Dios. Pero sí nos da y nos basta la certeza *humana*, la seguridad *moral* de conseguirla.

¿Y la recepción efectiva de los últimos Sacramentos, que muchas veces no se verifica? —Es una promesa *condicional*; nos promete en absoluto Jesucristo morir en su gracia, salvar el alma; y nos promete el recibirlos efectivamente, aunque sea por caminos maravillosos *si esto es necesario*, para recuperar su gracia. Y muchos casos se cuentan de personas a las cuales, aun sin necesitarlos, al parecer, el Señor les proporcionó por singular providencia el recibirlos para morir con más consuelo.

Véase el precioso folleto del P. García Estebáñez, S. J., «La Gran Promesa del Corazón de Jesús» 3.^a edición y nuestro Folleto «La Gran Promesa de los Nueve Viernes». (El Mensajero del Corazón de Jesús, Apartado, 73. Bilbao).

año, todo cuanto pueda hacer y sufrir, no dejándome en paz hasta que le prometí hacer penitencia por ella. Me dijo que sufriría mucho, particularmente por tres cosas. La primera, por la excesiva ternura y cuidado que había tenido de su cuerpo. La segunda, por los chismes y faltas de caridad. La tercera, por ciertas pequeñas ambiciones.

Le pido, pues, para ella, algún acto de caridad y el secreto; porque le confieso que no recuerdo haber pasado un año semejante en cuanto al sufrimiento; porque me parece que todo sirve de instrumento a la divina justicia para atormentarme, y nada me hace sufrir tanto como su santidad de justicia. Es un tormento interior que no halla remedio más que en las cruces, dolores, penas y humillaciones de todas clases, bajo cuyo peso sucumbiría mil veces si su bondad misericordioso no me sostuviera por una gracia extraordinaria.

Me he abandonado por completo al Sagrado Corazón de Jesucristo, y le he escogido por mi director, y El ha querido hacerme la caridad de serlo. Le aseguro que no me perdona nada; porque al corregirme me impone y me hace sufrir la pena de mis culpas. No quiere que piense que me causan daño alguno cuando me hacen sufrir, y en este punto me impone un silencio riguroso. No puedo decirle nada más, sino que le suplico que por muchas contradicciones que encuentre al trabajar por el establecimiento del Sagrado Corazón de Jesucristo, no desista de su santa empresa, porque todas esas dificultades son señal cierta de que la cosa es de Dios y de que será muy glorificado en ella.

[En fin, mi querida Madre, todo lo que le digo no debe servir para que me crean mejor, porque le hablo solamente de los tesoros y secretos del Sagrado Corazón de nuestro amable Maestro. Lo hago sólo a V. C., puesto que El me lo permite, suplicándole que me guarde secreto y queme esta carta para que viva, muera y quede desconocida después de mi muerte; porque ésta es una de las más dulces consolaciones que pueden halagar mi espíritu. Pero ¡ay!, no tengo el gusto de serlo en vida como querría. Cúmplase la voluntad de Dios, y nada más. ¡Sea Dios eternamente bendito! Quedo del todo suya en el Sagrado Corazón de Jesús!]

CARTA LXXV. VIII

A LA MADRE DE SAU'MAISE, DIJON

Sus ardientes deseos de ser olvidada de todos. El pequeño oficio del Padre Gette, S. J. "Amo más a mi soberano dueño que sus dones". Gracias recabadas por medio del P. de La Colombière. "Amemos a este Sagrado Corazón con todas nuestras fuerzas". "Reinará a pesar de todos sus enemigos". Le envía un Oficio manuscrito.

¡Viva † Jesús!

6 Junio 1688.

He recibido la suya, mi respetable Madre, y la he leído bendiciendo al Señor por haberle dado conocimiento de mi miseria e ingratitud hacia El, y desearía con todo mi corazón que fuese conocida de todo el mundo, a fin de que no volvieran a acordarse de esta miserable, sino para darle lo que se le debe, que son desprecios y humillaciones. En ellas deseo vivir y morir sepultada, pidiendo a Dios con todo mi corazón que jamás forme nadie de mí un juicio favorable.

Me pregunta V. C. el nombre de ese buen religioso, al cual su bondad ha inspirado que tenga tanta caridad conmigo; dispéñseme que no se lo diga por ahora. Sólo le diré que será un segundo Padre de La Colombière. (*En otra carta dice la Santa su nombre: es el P. Gette, S. J.*). Nos ha enviado un pequeño oficio del Sagrado Corazón, que ha compuesto, pues le parecía que este Divino Corazón deseaba de él este obsequio. Se lo enviamos para que vea si le gusta, para mandarlo imprimir; y como éste que le enviamos, así para complacerla como para que lo examine, es el original, nos lo devuelve, si le parece, pues creo que procede de un santo al que estoy muy obligada por los grandes auxilios espirituales que de él he recibido por medio de sus santos sacrificios y oraciones.

¡Ah, mi querida Madre! cuán bueno y misericordioso es Dios para conmigo. Pero esto es casi lo único que puedo decir, porque en lo demás no puedo darle gusto en lo que desea que le diga; mas os confieso sinceramente que amo más a mi soberano Dueño que sus dones, más me ocupo de El que de ellos, porque no los estimo más que en El, y porque de El proceden. Y a no ser que la obediencia me mande hacerlo, nunca reflexiono sobre ellos ni siquiera hablo, y no podría hacerlo sin extremada violencia, porque mi vida es tan criminal que me hace gemir en

presencia de Dios, ante el cual no dejo de presentar a las personas por quienes desea que ruegue. Pero me parece, si no me engaño, que algunas de ellas se hacen sordas a los llamamientos de la gracia, pues no se puede figurar con cuánta frialdad rechaza el Corazón de Jesús las oraciones que por tales personas se le dirigen. Lo que conviene es esperar y orar constantemente.

En cuanto a las gracias conseguidas por medio del santo Padre de la Colombière, una de nuestras Hermanas me ha prometido escribirlas para enviárselas. Yo por mi parte puedo dar fe de la curación de un dedo, en el cual tenía el mismo mal que en el que me abrieron el año pasado, por varios sitios, con una navaja.

Pero de nuestro amable y siempre adorable Corazón de Jesús, ¿qué diremos, mi querida Madre? Es preciso que amemos a este Sagrado Corazón con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra capacidad. Sí, es preciso amarle, y El establecerá su imperio; y reinará a pesar de todos sus enemigos y de la oposición que se le haga. No le puedo explicar la gratitud que siento en mi corazón por los trabajos y cuidados que se toma para conseguirlo, así como su respetable Madre y su confesor, y algunas de vuestras Hermanas en particular. Me parece que el Divino Corazón se complace tanto en ello que le tiene destinado tesoros de infinitas delicias.

Mire, si le parece, si sería conveniente imprimir ese pequeño Oficio, a continuación de las Letanías que deseaba dar a la imprenta. Si no le parece bien, no se preocupe por ello; yo de todos modos quedo contenta, aunque tenga sumo gusto en tener noticias de Roma, en espera de las cuales soy toda suya en el Divino Corazón.

CARTA LXXXIX

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Cómo ha de ser nuestro amor al Corazón de Jesús Sacramentado. Camino para llegar a la amable sencillez del niño que pide el Divino Corazón. ¿Cuál es el "verdadero secreto de los amantes del Amado"?

¡Viva † Jesús!

[11 Junio 1688.]

Quiere, amadísima Hermana, que le responda a cosas muy importantes, precipitadamente y en poco tiempo, y esto es

muy difícil, porque le diré hablándole con franqueza, como a mi querida amiga en el amable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que me lo pide en la santa octava de la fiesta de este Divino Amor que reposa en nuestros altares, predicándonos únicamente amor, que sólo quiere llenarnos de amor, a fin de que por El mismo podamos darle todo el amor que espera de nosotros. Amor *fuerte* que no se deja abatir; amor *puro* que ama sin mezcla y sin interés; amor *crucificado*, que no goza más que en el sufrimiento, para asemejarse a su Amado; amor de *preferencia*, de *olvido y abandono de sí mismo*, para dejar obrar al Amado, para dejarle cortar, quemar y anonadar en nosotras todo lo que le desagrada, siguiéndole a ciegas, sin entretenernos en mirar ni en reflexionar sobre nosotros mismos, para ver lo que hacemos.

He recibido la suya estando en presencia del Santísimo Sacramento; y al presentársela a mi soberano Maestro, he aquí lo primero que se me vino al pensamiento para V. C. Amor, olvido y abatimiento de su corazón, y sencillez en su espíritu, si no me engaño, para entrar en esa amable sencillez de niño que pide de nosotros. Espero que le dará inteligencia de esto, conforme se aplique a ello. Pero, en verdad, querida amiga, ¿cree que si no fuera a V. C., mandaría yo a nadie más una carta como esta que escribo con tanta violencia? Mi soberano Dueño no me deja hacerlo como V. C. lo desea, y yo para darle gusto, le escribo este borrador que le ruego queme.

Camine a ciegas, olvídese de sí misma, y déjele hacer, porque la ama; y por querer hacer demasiado, le impide que adelante la obra de su perfección.

Adiós, querida amiga; no puedo proseguir sino en presencia del Divino Corazón, donde acabaré lo que falta en su favor, porque no la olvido ante El. *Hacer sufrir, por amor, y callarse*, es el verdadero secreto de los amantes del Amado, en cuyo Corazón Sagrado soy toda suya,

Sor Margarita María,
De La Visitación de Santa María.
D. S. B.

Mil respetuosos afectos y recuerdos a su muy venerada Madre y a su «Depuesta». Le ruego pida a la señorita de Chamberland que me dispense, pues no me es posible escribirle, pero

asegúrele que procuraré hacer lo que nos pide. Le escribo después de Maitines del día de San Bernabé.

CARTA XC

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Canto a las misericordias infinitas y a los tesoros escondidos del amantísimo Corazón. Admirable visión en la fiesta de la Visitación. Las Hijas de San Francisco de Sales y los Hijos de San Ignacio, llamados a ser los principales (aunque no únicos) apóstoles del Divino Corazón. Preciosa recompensa de los apóstoles más celosos. La nueva devoción, excelente refrigerio para las almas del Purgatorio. "Me asombra no se abra la tierra para abismarme".

¡Viva † Jesús!

[Julio] 1688.

Por obedecer a mi soberano Dueño procuraré, mi querida Madre, cuando El me lo permita, satisfacer con toda sencillez a la pregunta que me hace sobre la continuación de sus misericordias y liberalidades. ¡Oh, cuán grandes son! Muy pocas veces puedo explicarlas de otro modo que diciendo: *Misericordias Domini in aeternum cantabo!* Porque ¡ay de mí! ¿qué otra cosa podría decir, hallándome de tal modo llena de ellas, que no me es posible expresarlas? Veo que me rodean por todas partes y me siento abismada en ellas sin poder salir de ese abismo. Me parece ser como una gotita de agua en ese océano del Sagrado Corazón, que es un abismo de toda clase de bienes, un manantial inagotable de toda suerte de delicias, y cuantas más se sacan de El, mayor es su abundancia.

Es un tesoro escondido e infinito que sólo desea manifestarse a nosotros, derramarse y distribuirse para enriquecer nuestra pobreza. Yo le estimo y le amo a El más que todos sus dones, gracias y beneficios; le dejo hacer en mí, de mí y por mí, conforme a su beneplácito, sin mirar más que a El sólo, que vale un millón de veces más que cuanto hay fuera de El mismo. Si no me obligase a decirle algo de esto, lo dejaría todo en El, el cual me incapacita para explicarme, si no es con los que a El le place, de cuyo número es V. C.

Le diré que habiendo tenido la dicha de pasar todo el día de la Visitación ante el Santísimo Sacramento, mi Soberano se dig-

nó favorecer a su miserable esclava con varias gracias particulares procedentes de su amoroso Corazón, el cual metiéndome dentro de sí, me hizo sentir lo que no me es dado explicar. Se me representó un lugar eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con su llaga que despedía rayos, tan encendidos y luminosos, que todo aquel espacio quedaba iluminado y caldeado con ellos. La Santísima Virgen estaba de un lado, y San Francisco de Sales del otro, con el santo P. de La Colombière; y se veía en aquel lugar a las Hijas de la Visitación, acompañadas de sus ángeles custodios, cada uno de los cuales tenía un Corazón en la mano; la Santísima Virgen nos llamó con estas palabras:

«Venid, amadísimas Hijas mías; acercaos, porque os quiero hacer como las depositarias de este precioso tesoro que el divino Sol de justicia ha formado en la tierra virgen de mi corazón, donde ha estado nueve meses escondido; después de lo cual se manifestó a los hombres, que no reconociendo lo que vale, le han despreciado, porque le han visto mezclado y cubierto con su misma tierra, en la cual el Padre Eterno había echado toda la inmundicia y corrupción de nuestros pecados, que le hizo purificar durante treinta y tres años en los incendios del fuego de su caridad. Pero viendo que los hombres, lejos de enriquecerse y aprovecharse de tan precioso tesoro, según el fin para el cual se les había dado, procuraban al contrario anonadarlo y exterminarlo, si les fuera posible, de sobre la haz de la tierra, el Padre Eterno, por un exceso de su misericordia, ha hecho que sirviera su malicia para hacer más útil todavía este oro precioso, del cual, por medio de los golpes que le dieron en la Pasión, hicieron una moneda inapreciable, marcada con el sello de la divinidad, a fin de que puedan pagar sus deudas y negociar el gran negocio de su salvación eterna».

Y prosiguiendo esta Reina de bondad, dijo mostrándoles aquel Corazón divino: *«He ahí ese precioso tesoro que se manifiesta a vosotras particularmente, por el tierno amor que tiene mi Hijo hacia vuestro Instituto, al cual mira y ama como a su querido Benjamín, y por esto le quiere favorecer con esta herencia, aventajándolo sobre todos los demás. Y no solamente deben enriquecerse ellas con este tesoro, sino que han de dis-*

tribuir también con abundancia, y cuanto puedan, tan preciosa moneda, procurando enriquecer con ella a todo el mundo, sin temor de que se acabe, porque cuanto más saquen, más encontrarán» (43).

Después, volviéndose hacia el buen Padre de la Colombière, le dijo esta Madre de bondad: «*En cuanto a ti, fiel siervo de mi Divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; porque, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de tu Compañía demostrar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen de él, con el respeto y el agradecimiento debidos a tan gran beneficio... Y a medida que le proporcionen este contento, el Divino Corazón, manantial de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos que sobrepujen a sus trabajos y esperanzas, aun para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular*» (44).

Nuestro Santo Fundador, hablando a sus Hijas, les dijo: «*¡Oh Hijas de buen olor, venid a sacar del manantial de bendición las aguas de la salud, de las cuales ya se ha hecho un pequeño derramamiento en vuestras almas, por el arroyuelo de vuestras constituciones que salió de allí. En este Divino Corazón encontraréis un medio fácil para cumplir perfectamente ese primer artículo de vuestro Directorio, que contiene en sustancia toda la perfección de vuestro Instituto: "Que toda su vida y Ejercicios sean para unirse con Dios". Para esto es preciso que el Sagrado Corazón sea la vida que nos anime, y su amor vuestro continuo ejercicio; el único que nos puede unir a Dios, para ayudar a la Santa Iglesia y a la salvación del prójimo con oraciones y buenos ejemplos. Y por esto rogaremos en el Corazón y por el Corazón de Jesús, que de nuevo quiere ser media-*

(43) Para estudiar la vocación de ambas Ordenes religiosas, para propagar la preciosísima devoción y las relaciones del Divino Corazón con ellas el libro más documentado y completo es el compuesto por el P. E. Letierce, S. J. *Etude sur le Sacré Coeur. Le Sacré Coeur et la Visitation Sainte Marie-II. Le Sacré Coeur et la Compagnie de Jesus*. (París, Vie et Amat, 11, rue Canette, 1890). Dos tomos en cuarto de más de 600 páginas cada uno. Adolece, sin embargo, de algún descuido en citar las fuentes y quizá de falta de crítica. Pero es una obra muy benemérita.

(44) Véase sobre este regalado encargo confiado a la Compañía de Jesús la nota segunda de la carta 141.

*dor entre Dios y los hombres. Daremos buenos ejemplos, vi-
viendo conforme a las santas máximas y virtudes de este Divino
Corazón, y ayudaremos a la salvación del prójimo repartiendo
con él esta santa devoción. Procuraremos derramar el buen olor
del Sagrado Corazón de Jesucristo en el de los fieles, a fin de
que seamos el gozo y la corona de este amable Corazón».*

Después de esto, los ángeles custodios se acercaron para presentarle los corazones que ellos tenían, los cuales, al contacto de aquella llaga sagrada, se tornaban hermosos y resplandecientes como estrellas. Había otros que no tenían tanto brillo, pero muchos cuyos nombres quedaron escritos con letras de oro en el Sagrado Corazón, en el cual algunos de estos de que ahora hablaba, se metieron y abismaron con avidez y placer de una y otra parte, a los cuales fue dicho: *En este abismo de amor está vuestra mansión y reposo para siempre.* Y eran los corazones de los que más han trabajado por darle a conocer y hacerle amar. Me parece, querida Madre, que el suyo era de este número. En cuanto a los demás, no explicaré lo que se me dio a conocer sobre ellos, porque me estoy extendiendo ya demasiado en esta carta, y además me parece que lo comprende suficientemente.

Sólo le diré que este Divino Corazón la recompensará no solamente en su persona, sino también en las de sus allegados, a quienes mira con ojos de misericordia, para socorrerlos en todas sus necesidades, con tal de que se dirijan a El con confianza. Se acordará eternamente de todo lo que hagan por su gloria. Espero que no me rehusará la gracia de encargar quince misas en honor del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, por el difunto señor de La Michaudière (*sobrino de la M. de Saumaise*). Cuando se hubieren dicho creo que será poderoso abogado en el cielo, cerca del divino Corazón para V. C. y para toda su familia. [¡Si supiera con qué ardor piden esas pobres almas este nuevo remedio tan excelente para sus sufrimientos! De este modo califican la devoción del divino Corazón, y particularmente la santa Misa. Pida al Sagrado Corazón, mi querida Madre, que viva yo y muera en su amor.]

[Ya ve que le hablo con el corazón en la mano, y de muchas cosas de que no hablaría a otra persona. Le confieso ingenuamente que quedo después de tales disposiciones que yo misma

no me conozco, y me sería imposible poder reflexionar sobre ello, a no ser cuando me lo ordenan. Lo hago, pues, por obedecerla. Creo que será tan buena que me dirá su parecer sobre todas estas cosas. El mucho trabajo que me cuesta hablar de ellas no me dejaría si V. C. no me alentase, me parece que cometo un crimen muy grande hablando de mí misma, viéndome tan mala, miserable y despreciable, que me asombra muchas veces que no se abra la tierra bajo mis pies, para abismarme, a causa de mis grandes pecados.]

[Le ruego encarecidamente que pida al Sagrado Corazón que me conceda la gracia de amarle conforme al ardiente deseo que de ello me da, y la de vivir y morir con El en la cruz, pobre, desconocida, despreciada y olvidada de todas las criaturas, agobiada bajo toda clase de sufrimientos, según su elección y deseo, y no según el mío. Dé gracias por mí a su bondad, y queme esta carta cuando la haya leído.]

D. S. B.

CARTA XCI

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Excelentes consejos espirituales. “¿Qué nos importa la madera de que está hecha nuestra cruz?” Entrad muy adentro, sin temor y con plena confianza en el Corazón de Jesucristo. No se turbe por sus faltas. “La cruz es un tesoro precioso”. Sentimientos de espiritual amistad.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray,
12 Agosto 1688.

Confieso, queridísima Hermana, que tiene justo motivo de quejarse por mi poca correspondencia a tantas demostraciones de bondad y de tan cordial amistad que yo no merezco, y me llenan de confusión, aunque me parece que mi ruín corazón se esfuerza cuanto puede por corresponder en cuanto es capaz, en el de nuestro buen Maestro, que sabe cuán querida de la mía ha hecho El que sea su alma. Y sin que con esto quiera excusarme, debo decirle que creo no censurará del todo mi silencio cuando sepa las justas causas que lo han motivado. Es la primera que viéndome agobiada de cartas, por haber engañado,

por desgracia, a las criaturas, en cuyo número está V. C., no he hallado para este mal otro remedio que el silencio.

Así que no pensaba contestar a nadie, puesto que no es posible ser útil a los demás, si primeramente no nos reformamos a nosotros mismos; porque ¡si viera cuán lejos me veo de lo que debe ser una verdadera Hija de Santa María, que ha de poner toda su atención en hacerse verdadera copia de su esposo crucificado! Y veo que todo nos puede servir de medio para esto; porque ¿qué nos importa la madera de que está hecha nuestra cruz? Con tal que sea cruz y que nos tenga clavadas el amor de Aquel que ha muerto en ella por nuestro amor, debe bastarnos. La tengo por muy dichosa al ver que sus oficios le proporcionan medios eficaces para esto, pues le obligan a caminar contra sus inclinaciones.

Todo esto es bueno, pero no la tristeza y turbación, que ha de desechar muy lejos de V. C., porque el Señor pone su asiento en la paz de un alma que se complace ardentemente al verse destruida y anonadada para quedar como perdida en el amor de su abyección. Al leer las tuyas me confirmo más y más en que es éste el camino que el Señor le ha trazado, y en él debe ir adelantando con júbilo de su alma, ya sea que El la guíe directamente, ya que se sirva de las criaturas y aun de V. C. misma, que es igual; con tal que El esté contento, esto basta. Déjele hacer, y que su ocupación sea amarle, y todo su cuidado, no resistirle, ni poner obstáculo a sus designios. Así verá que le hace adelantar mucho camino en poco tiempo, sin que lo note.

Y en cuanto a entrar en su Sagrado Corazón, ¿a qué temer, si El la invita a que vaya a tomar allí su reposo? ¿No es El el tronco de la misericordia donde los más miserables son los mejor recibidos, con tal que el amor los presente abismados en su miseria? Y si somos cobardes, fríos, impuros e imperfectos, ¿no es El el horno encendido donde nos debemos perfeccionar y purificar, como el oro en el crisol, siendo para El hostia viva, inmolada y sacrificada a sus adorables designios? No tema, pues, abandonarse sin reserva a su amorosa providencia, porque no perecerá el hijo en los brazos de un Padre omnipotente. Páreceme haberle dicho ya, que a mi entender no le agrada tanto ese temor como le agradecería una confianza filial; y puesto

que le ama, ¿por qué tanto temor, a menos que sea de no corresponderle con el amor que de V. C. desearía, y que consiste, si no me engaño, en ese perfecto abandono y olvido de V. C. misma? Déjese a sí, y lo encontrará todo. Olvidese de sí, y El pensará en V. C. Abísmese en su nada, y le poseerá.

Pero ¿quién hará todo esto? El amor que encontrará en el Sagrado Corazón, en el cual no solamente ha de tener su lugar de retiro, sino que debe también tomarle por su guía y principal director para que le muestre lo que desea de V. C. y así le dé fuerza para cumplirlo perfectamente. Y si no me engaño, he aquí en pocas palabras lo que principalmente desea: y es que quiere enseñarle a vivir sin apoyo, sin amigos y sin contento. Y a medida que se vaya ocupando en estas palabras, El le dará inteligencia de ellas.

Le repito, mi querida amiga, que no se turbe por sus faltas, sino que, si cometiese alguna diga confiadamente al amabilísimo Corazón de Jesús: «Oh único amor mío, paga por tu pobre esclava y repara el mal que acabo de hacer. Haz que se convierta en gloria tuya, edificación del prójimo y salvación de mi alma!» Y de este modo nuestras caídas nos sirven para humillarnos y conocer lo que somos y juntamente enseñarnos lo útil que nos es vivir escondidas en el abismo de nuestra nada; más el amor propio que querría aparecer en todas partes y ser aplaudido, amado y agasajado, ni quiere oír ni puede comprender esta lección. Pero no debemos razonar con él porque se alimenta y engorda con las reflexiones.

En fin, carísima Hermana, procuremos no tenerlo más que para aprender a llevar bien nuestras cruces en amoroso silencio; porque la cruz es un tesoro precioso que debemos tener oculto para que no nos lo roben. No hallo yo nada que endulce tanto la prolongación de la vida como sufrir siempre amando. Suframos, pues, amorosamente, sin quejarnos, y tengamos por perdidos los momentos que pasamos sin sufrir. No tenemos tiempo que perder; por tanto, no pensemos más que en el momento presente, a fin de emplearlo bien, y como si fuera el último de nuestra vida en que tuviéramos que comparecer ante el tribunal de la divina justicia para dar cuenta de ella. Pero, dígame con sencillez, mi querida, ¿no la canso con tanta repetición? Porque, ¿a qué hablarle tan detenidamente de una cosa

que conoce mucho mejor por la práctica que lo que pudiera yo explicarle con mis palabras? Pero lo pide a un corazón que nada puede negarle en el de Nuestro Buen Maestro. En su presencia le suplico no se olvide de mis necesidades particulares, que son mayores de lo que yo pudiera decir, a causa de mis enormes pecados, ingraticudes e infidelidades.

Yo no la olvido en mis pobres oraciones, como tampoco a su muy respetable Madre, por la cual siento todo el respeto de estima y afecto de que mi ruín corazón es capaz en el de Nuestro Buen Salvador. Creo que El la mira con complacencia en el lugar que ocupa, donde la ha colocado El mismo por su propia elección; por lo cual me parece que cuidará de ella con tal que ponga en El toda su confianza. Le estoy muy agradecida por el honor que me concede acordándose de mí; con gusto le escribiría, si no fuese por el temor de molestarla. Y en cuanto a su querida «Depuesta», sólo Dios sabe cuán dentro de mi corazón la ha colocado, lo que me hace a veces desear poder ayudarla a llevar su cruz. Y no es que quiera disminuirle el mérito, no la amo demasiado para esto, y es para ella de gran valor, sino solamente para aligerársela. Asegurela de mi mas sincero afecto y créame toda suya en el Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María.

De la Visitación de Santa María.

D. S. B.

CARTA XCII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

La consuela en cierta negativa de Roma. Admirable resignación de la Santa en esta ocasión. Se consuela con los progresos de esta devoción. Terribles combates interiores. Estupenda humildad. Triunfos en ella del Divino Corazón. Sufre en unión de las almas del Purgatorio.

¡Viva † Jesús!

[Agosto de] 1688.

Así es, mi querida Madre; vuestro buen corazón está muy afligido por la negativa que han dado en Roma (45) en lo refe-

(45) El Monasterio de Dijon había solicitado de Roma nada menos que la institución de la fiesta para la Iglesia Universal. La respuesta fue que era menester establecerla primero, como de prueba, en las Diócesis particulares, con permiso del Ordinario. Así se hizo.

rente al de nuestro adorable Salvador, el cual, si no me engaño, me parece desea venga a consolarla de su parte, diciéndole lo que a mí me ha consolado. Después de oír tan triste nueva, que fue una espada que me atravesó el corazón con vivo dolor, fui a arrodillarme ante su imagen para quejarme amorosamente. He aquí lo que me respondió: *¿Por qué te afliges de una cosa que ha de servir para gloria mía? Porque ahora todos se dan a honrarme y amarme sin más apoyo que el de la Providencia y en su mismo amor y esto me agrada mucho; mas como este fervor podría entibiarse (lo que sería muy doloroso para mi Divino Corazón, que siendo horno encendido de puro amor no lo podría sufrir) encenderé entonces ese fuego en los corazones, por medio de todos esos privilegios y aun de otros mayores. Mas no dejaré sin recompensa los trabajos que se hayan tomado para esto. Queda en paz.*

Y así lo he hecho; desde entonces no me turbo en modo alguno, por mucho que oiga decir, a pesar de haber quedado con la incertidumbre de si tendré el consuelo de verlo un día. Pero no importa; con tal que El esté contento, lo estaré yo también con el mismo contento suyo, privada de todos los demás (46).

Esto es, mi querida Madre, lo que no he podido dejar de decirle; sea todo para gloria suya.

Es un verdadero contento ver el progreso que por su medio va haciendo esta santa devoción por estos lugares. No se desaliente. Me parece que quiere se ocupe únicamente en esto porque será lo que principalmente labre su corona.

(46) Margarita María no debía ser testigo, viviendo en la tierra, de este espléndido triunfo. La fiesta del Divino Corazón se celebró bien pronto en muchos lugares con autorización de los Ordinarios, como lo habían hecho ya en Dijon, en 1689, viviendo aún la Santa. Pero la aprobación de Roma para la Iglesia Universal se hizo esperar mucho tiempo. Los Soberanos Pontífices concedieron fácilmente Breves de indulgencias para las Cofradías, mientras que fue necesario insistir varias veces para obtener la concesión de un Oficio propio y de la Misa del Sagrado Corazón. Hasta 1765, no se obtuvo esta gracia, que concedió Clemente XIII a los Obispos de Polonia.

La fiesta del Sagrado Corazón concedida desde entonces a todos los países y a todas las Iglesias que la habían solicitado, se extendió a la Iglesia Universal en tiempo de Pío IX en 1856; el 28 de Junio de 1889 León XIII la elevó al Rito doble de primera clase; y Pío XI (8 de Mayo de 1928) al grado litúrgico supremo, de doble de primera clase con octava. ¡Estaban plenamente satisfechos los anhelos de la santa Evangelista del Divino Corazón!

Tengo que decirle una palabrita de vuestra pobre hija que la ama más tiernamente de lo que sabría decir. Está anegada en el sufrimiento y atacada por todas partes de sus enemigos que la hacen sufrir penas terribles, sin remedio ni socorro, excepto el de este Divino Corazón, de cuyos favores me he hecho indigna por mis ingratitudes e infidelidades, aunque El, sin embargo, no deja de ser conmigo tan liberal como siempre.

Mas esto precisamente aumenta mi dolor, porque no sé si es el enemigo que ataca con frecuencia a mi pobre corazón con el doloroso pensamiento de que todo eso es en perdición mía, porque Dios no puede conceder tantas gracias a una criatura tan mala como yo, que ha llevado una vida tan criminal, y por medio de sus vanas hipocresías ha engañado a las criaturas, particularmente a los que me dirigen. En medio de estas agitaciones se me presenta mi vida como un cuadro tan abominable, que aunque no pueda distinguir nada de El, me parece que no podría soportar por mucho tiempo su visita sin morir de dolor, si no me sintiese al mismo tiempo fortificada y rodeada por un poder invencible que disipa esas furias infernales. Estas sólo pretenden arrancar la paz del corazón, como me lo dio a entender Nuestro Señor, si no me engaño.

Otras veces se me ocurre que es la mía una falsa paz, que procede del endurecimiento del corazón, y que no me deja sentir la propia desgracia. ¡ay de mí! mi querida Madre, ¿será posible que ese amable Corazón quiera privar al de su indigna esclava de amarle eternamente? Yo le conjuro que me diga lo que le parece de esto; ya sabe la grande confianza que tengo en V. C., por lo cual doy entero crédito a cuanto me dice. Por favor, no me adule, porque me parece que voy a arrastrar a muchos conmigo a la perdición, pues se apoyan demasiado en lo que les digo. Estoy siempre agobiada de cartas, y la obediencia me obliga a contestarlas. Me entrego a todo sin reserva.

El Sagrado Corazón continúa enviándome a ciertas almas del purgatorio para que las ayude a satisfacer a la divina Justicia; durante este tiempo sufro penas semejantes a las suyas, no hallando reposo ni de día ni de noche.

Esto es lo que por ahora puedo decirle. ¡Y me parece no le desagradará que le presente una versión en verso del Oficio del Sagrado Corazón, que todos encuentran hermosísima, Todo

sea para gloria de este Divino Corazón, en cuyo amor soy toda suya,

D. S. B.

CARTA XCIII

A LA MADRE MARIA FELICIA DUBUYSSON, MOULINS

Bajísimo concepto de sí misma. ¿Cuál es el medio más eficaz para entrar en la amistad del amante Corazón? El apostolado de los libritos.

¡Viva † Jesús!

[Octubre 1688.]

No hubiera esperado a que V. C. me previniera en lo que era deber mío, mi respetable y muy querida Madre, de no haber sido por el temor que tenía de servirle de carga y sumarla al número de los que se dejan engañar y distraer por una miserable e hipócrita pecadora como yo, de lo que debe guardarse, y no tener ningún comercio con ella, porque, se lo digo con franqueza, si me conociera tal cual soy, su caritativo corazón no podría dejar de compadecerse de mi miseria, y pedir instantemente mi conversión al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro. No dejo, sin embargo, de presentarle sus deseos e intenciones, y suplicarle que sea su fortaleza y sostén en el empleo en que la ha colocado, El, y no las criaturas.

Espero, por lo tanto, que no le negaré los auxilios necesarios para desempeñarlo bien y para que se cumplan sus designios sobre V. C., con tal de que se confíe al cuidado de su amorosa Providencia, y que su único deseo consista en amar, honrar y glorificar a este Divino y amabilísimo Corazón. No omita, para conseguirlo, cuidados, ni trabajos; pues éste es el medio para entrar en su amistad y atraer sobre sí y sobre su Santa Comunidad la abundancia de sus gracias santificantes y el reinado de su encendida caridad, cuya unción derramará sobre su corazón por la pureza de su santo amor. Y esto es lo que desea su muy humilde y obediente,

Sor Margarita María.

De La Visitación de Santa María.

D. S. B.

Me había tomado la libertad de ofrecerle, mi amadísima Madre, el Oficio del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No sé si lo habrá recibido, ni si lo habrá podido leer por lo mal escrito que está. Rogaba también a V. C. que nos dijese si se imprimían aún los libritos del Sagrado Corazón. Si hiciera el favor de mandarnos algunos, diciéndonos llanamente lo que cuestan, le enviaremos el dinero en la primera ocasión; y le quedaría, además, en extremo agradecida, pues no se puede figurar con cuánto afán nos los piden. Perdone, mi querida Madre, que obre con tanta libertad.

CARTA XCIV

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

“¿Cómo establecer nuestro Reinado de paz en el amante Corazón?” “Os suplico le hagáis entera donación...” “Perfectísima unidad con El”.

¡Viva † Jesús!

[Octubre 1688.]

Después de terminada la carta, parecióme que no quedaría contenta al no encontrar en ella alguna palabrita de despedida antes de entrar en nuestro querido retiro, donde deseo, mi querida amiga, que consigamos dejarnos y olvidarnos por completo a nosotras mismas, para no ver, ni tener más que a nuestro único necesario, que así lo desea de nosotras. Por lo cual debemos procurar con todas nuestras fuerzas entrar en su adorable Corazón, haciéndonos muy pequeñas por la humilde confesión de nuestra nada, en la cual debemos quedar siempre abismadas.

Debemos, además, establecer nuestro reinado de paz en este Sagrado Corazón. Esto se hace por la conformidad con su beneplácito, al cual debemos abandonarnos de tal modo, que tengamos un cuidado especial de cercenar todo lo que a eso pudiera poner obstáculo, dejándole hacer en nosotros, de nosotros y por nosotros, según su deseo, a fin de que nos perfeccione a su modo y nos modele a su gusto. Y para mantenernos siempre en este Divino Corazón, debemos amarle con amor de preferencia, como el único necesario de nuestro corazón.

Inclinemos a éste con suavidad al desprecio y olvido de todo

lo demás; porque ¡si se pudiera comprender cuánto adelantan las almas, cuando corresponden fielmente por medio de una completa muerte a todo deseo, satisfacción, curiosidad y miras sobre sí mismas, para dejarse guiar por ese Divino Piloto, en la barca segura de su amoroso Corazón!

Le suplico le haga entera donación de todo su ser espiritual y corporal, y de todo cuanto pueda hacer y haya hecho; para que, después de haber purificado y consumido todo lo que le desagrade, disponga él según el beneplácito. Porque de ordinario pide esto de sus más queridos amigos, en cuyo número creo que esta V. C., a fin de que habiéndoselo dado todo sin reservas, la pueda El enriquecer con sus preciosos tesoros.

He ahí, mi querida amiga, muy buena ocupación para nuestro retiro, y también para toda nuestra vida, que no debe aspirar más que a esa unidad, por medio de un acto puro y sencillo. Quiero decir, *unidad de voluntad* con la de nuestro Soberano Bien, para no querer más que lo que El quiere; *unidad de amor*; *unidad de corazón, de espíritu y de operación*, no haciendo más que unirse a lo que El hace en V. C. Pero ¡Dios mío! me parece que esto no son más que repeticiones que tal vez le serán enfadosas y le quitarán los deseos de pedir cartas largas; y así ésta vale para lo que queda de año. ¡Sea eternamente bendito!

CARTA XCV

A LA MADRE M. F. DUBUYSSON, MOULINS

Humildes y afectuosas acciones de gracias. "Todo habla cuando se ama..."
El Divino Corazón, satisfecho de la Comunidad de Moulins.

¡Viva † Jesús!

[Enero 1689.]

Suplico al Sagrado Corazón de nuestro Soberano Dueño, mi respetable y queridísima Madre, que El le agradezca por mí la bondadosa cordialidad que me demuestra, y que me llena de confusión, viendo que en medio de tantas ocupaciones se digna acordarse de una miserable criatura como yo, que sólo sirve para sufrir en el Sagrado Corazón de nuestro amable Sal-

vador. ¡Ah, cuánto le agradezco que le ame y quiera ser toda suya!

Pide una oración corta para demostrarle su amor; yo no sé otra ni encuentro que haya ninguna mejor que ese mismo amor, porque todo habla cuando se ama; y hasta las mayores ocupaciones son prueba de nuestro amor. «Ama, dice San Agustín, y haz lo que quieras». Y como no es posible amar sin sufrir, amemos, pues, y suframos al mismo tiempo, y no despreciemos ni un solo instante, porque todas las cruces son preciosas para un corazón que ama a su Dios, y quiere ser amado de El. Procuremos, pues, llegar a ser verdaderas copias de nuestro Amor Crucificado.

No he dejado de pedir mucho al adorable Corazón de Jesús por V. C. y vuestra Santa Comunidad; pero me parece que El tendrá siempre una particular protección sobre su casa, y que cuidará de ella, como lo espero de su amorosa bondad, por el ardiente celo que tiene en darle a conocer y hacerle honrar y amar, así por medio de estos libritos, como por otros medios. Aquí están siempre tan atareadas que no les es posible contentar ni a medias la devoción de todos.

Continúe, pues, amándole, mi querida Madre, y haciéndole amar y no tema que olvide nada de cuanto por El hace. Le suplico le pida mi entera conversión, y que consuma nuestros corazones en su puro amor, en el cual soy toda suya,

Sor Margarita María,
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Un millón de gracias, mi respetable Madre, por los libros que ha tenido la bondad de enviarnos. Quisiera demostrarle mi gratitud, pues me parece que con nada me podía haber obligado más; y así no me olvidaré de ello ante el Sagrado Corazón de nuestro Señor, al cual suplico le pague esta obra de caridad.

CARTA XCVI

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Inspirado canto de amor a la cruz. "No es que debemos pedir el sufrimiento..." "El puro amor lo quiere todo o nada". La perfecta pobreza de espíritu.

¡Viva † Jesús!

[5 de Enero de 1689.]

Me complazco, queridísima y amadísima Hermana, en que nos escribamos, con tal que sólo sea para hablar del amor y de la cruz; porque no sabría decirle otra cosa sino que es preciso que procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos copias vivas de nuestro Esposo Crucificado, demostrándolo en todas nuestras acciones. ¡Ah, mi querida amiga, cuán bueno es sufrir siempre, y morir al fin sobre la cruz, agobiada bajo el peso de toda clase de sufrimientos, de miserias y desprecios, de abandonos y humillaciones! La cruz es un bálsamo precioso que pierde su buen olor ante Dios, cuando se descubre; por lo tanto hay que tenerla escondida y llevarla en silencio en cuanto nos sea posible. No perdamos ni un instante de sufrimiento, porque no es posible amar si no es así.

¡Ah, cuán buena es la cruz en todo tiempo y en todo lugar! Abracémosla, pues, amorosamente, sin preocuparnos de la manera de que está hecha, ni con qué instrumento se ha fabricado. Debe bastarnos con saber que nada nos une tanto al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo como la cruz, que es la prenda más preciosa de su amor. Dé gracias por mí, mi querida amiga, porque algunas veces me favorece con ella; pero al mismo tiempo pida perdón por el mal uso que hago de la misma. Esta es la causa de que quede siempre pobre, poseyendo ese precioso tesoro, sin el cual la vida me sería insoportable. Y no es que debemos pedir el sufrimiento, porque lo más perfecto es no pedir nada, ni rehusar nada, sino abandonarnos al puro amor para dejarnos crucificar y consumir según su deseo.

Me consuela mucho ver el feliz progreso que este Divino Amor hace en su querido corazón, y no me cabe la menor duda de que proceden de El esos santos impulsos que tiene, puesto que proporcionan paz a vuestra alma manteniéndola en ese ce-

leste abatimiento. ¡Qué dichosas son las que viven perdidas y anonadadas en el Divino Amor por medio de un perfecto olvido de sí mismas! El amor a nuestra abyección es un remedio soberano para curar las llagas que causa en nuestro corazón el amor propio. El mío se encuentra en una languidez espantosa por ese maldito amor. Pero pidamos al amable corazón de nuestro buen Maestro que lo consuma en el fuego sagrado que vino a traer a la tierra, para que abraza sin cesar a los corazones de buena voluntad. En fin, mi querida amiga, es preciso amarle cueste lo que cueste; pues el puro amor lo quiere todo o nada. No tengamos, pues, reserva ninguna con El; abandonémosle todo cuanto somos, sin preocuparnos del porvenir, y sin pensar en nosotras mismas ni en nuestra incapacidad. El cuidará de proveer a todo, con tal de que le dejemos obrar con libertad.

¿Qué es lo que teme para disputarle así el sacrificio completo de su corazón? Ya es suyo; pero quiere poseerlo El solo, es decir, vacío de todo interés propio, libre y sin apego de cosa alguna, por santa que nos parezca. Cuando El nos la quita, debemos quedar contentas y conformes con su santísima voluntad, en desnudez y pobreza de todo contento, de amigos, de consuelo, de talento y hasta de virtud; quedando así sumisa, en la oración y fuera de ella, cumpliendo su santísima voluntad, alegrándonos cuando sea ésta el total anonadamiento de todo lo que somos y de todas nuestras satisfacciones. Nuestro corazón es tan pequeño que no puede contener dos amores; y habiendo sido creado para el amor divino, no puede hallar descanso cuando se mezcla cualquier otro amor.

Preciso es, amadísima Hermana, amarla del modo que lo hago, para entretenerme tanto tiempo con V. C., porque, si se tratase de otra persona, temería molestarla. Pero su gran corazón lo excusará todo, y no volverá a quejarse del silencio de la que la ama tiernamente en el Amor Sagrado,

Sor Margarita María,
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Es cierto que nuestra querida Hermana Saumaise nos ha enviado las Letanías de que nos habla; son muy hermosas y

le estoy muy agradecida por haberse acordado de mí en su retiro, continúe practicando conmigo esta obra de caridad, porque tengo mucha necesidad de ella. Yo he pasado el mío en la cruz; y alguna parte le he debido en la que tuve la dicha de sufrir.

Mil respetuosos saludos y afectos a nuestra querida Hermana «Depuesta» (*Hermana Luisa Enriqueta de Soudeilles*); el Corazón de Jesús hace que el mío miserable la ame siempre tiernamente, como también a V. C., querida amiga. Deseo se consuma por completo en las llamas del puro amor.

CARTA XCVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Gran dicha ser apóstol del Divino Corazón. “Poderoso protector” para Francia. Promesa al P. de La Colombière y su poder en el Cielo. Dolorosos desagravios por el Carnaval. “No me deja un momento sin Cruz”. Le recibirán con magnificencia en los palacios de los grandes. Su gozo por algunas misas ofrecidas a su intención. Gracias copiosas derivadas a la Visitación de la preciosísima devoción. Poder de ésta en el Cielo.

¡Viva † Jesús!

[Fin de Febrero de 1689.]

¿Qué podré decirle mi querida Madre, acerca de los maravillosos efectos que obra este Divino Amor de nuestros corazones? No encuentro palabras con qué explicaros, ni menos el gozo que inunda mi alma al ver el éxito que tuvo en darle a conocer y hacerle amar; destino hermosísimo, que no es posible dudar le ha dado el Señor al comunicarle tan ardiente celo para que se emplee en eso. ¡Ah, qué dicha tan grande la de los que a esta obra cooperan! Con eso ganan la amistad y las eternas bendiciones de ese amable corazón. Y en cuanto a V. C., logra un poderoso protector para su patria. Y era menester que fuese tan poderoso para detener la justa ira de Dios irritada por tantos crímenes como se cometen.

Pero espero que este Divino Corazón será un manantial inagotable de misericordia, como me parece lo prometió a nues-

tro buen P. La Colombière el día [de su fiesta, es decir, el] de su muerte (15 de Febrero) que celebré yo en nuestra Capilla (47) desde las 10 de la mañana hasta eso de las cuatro de la tarde, por un gran privilegio de la obediencia, agobiada de sufrimientos. Estos no han cesado desde hace cinco semanas, y son tales que creía morir a cada momento, aunque ya me los había anunciado antes este caritativo Corazón. Creo que me hizo la siguiente petición:

Si quería acompañarle en la cruz durante este tiempo (*El de Carnaval*) en que está tan abandonado, por el afán que todos tienen de divertirse, y que por las amarguras que El me haría gustar, podría yo en algún modo suavizar las que los pecadores derraman en su Sagrado Corazón; que sin cesar debía gemir con El para alcanzar misericordia, a fin de que los pecados no llegasen al colmo, y perdonase Dios a los pecadores por el amor que tiene a este amable Corazón, que no cesa de consumirse por el que tiene a los hombres. Porque lo único que quiere es establecer su nuevo reinado entre nosotros para darnos más abundantemente sus gracias de santificación y de salvación. Pero no a los que no se aprovechen de ellas y no las hagan triunfar en sí mismos; porque para nosotros son riquísima herencia que nos ha dado nuestro buen Padre celestial como último remedio a nuestros males, según me ha dicho.

Me parece que nuestro santo Fundador, ese verdadero amigo del Corazón de Dios, ha sido el principal motor para alcanzar este don saludable en favor de nuestro querido Instituto, porque Satanás quería vomitar sobre él la rabia hasta acabar con su espíritu, y por este medio derribarlo. Mas espero que no lo conseguirá, si según las intenciones de nuestro santo Padre, nos servimos de los medios que nos presenta para volver al primitivo vigor del espíritu de nuestra santa vocación, viviendo según las máximas del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Quiere librar a muchas almas de la perdición eterna porque este Divino Corazón es como una fortaleza y asilo seguro para los pobres pecadores que se quieran refugiar en El para evitar el justo enojo de la justicia divina, que, como un torrente im-

(47) La dedicada al S. Corazón de Jesús, cuya consagración había tenido lugar el 7 de Septiembre de 1688.

petuoso, anegaba a los pecadores con sus pecados, que son los que irritan la cólera divina. Lo que me consuela mucho es que espero que, a cambio de las amarguras que este Divino Corazón sufrió en los palacios de los grandes durante las ignominias de su Pasión, con el tiempo, esta devoción hará que le reciban en ellos con magnificencia. Y mientras le ofrecía mis súplicas pidiéndole todas estas cosas que parecían tan difíciles de alcanzar, creí oír estas palabras: *¿Crees que lo puedo hacer? Si lo crees, verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi Amor.* A medida que veo este feliz progreso me dice: *¿No te he dicho que, si creías, verías cumplido el efecto de tus deseos?* (48).

Yo ya no sirvo más que de obstáculo; por lo cual desearía estar ya fuera de esta vida, aunque no ceso de aplicar a ese único interés de la gloria del Sagrado Corazón todo el bien que puedo hacer y que hacen por mí. Me da tales impulsos de gratitud viendo cómo se manifiesta, que querría deshacerme de agradecimiento. Es un abismo de bienes de donde debemos sacar siempre para no volver a gustar de las cosas de la tierra.]

Prosiga animosamente, mi querida Madre, lo que ha emprendido para su gloria, trabajando en el establecimiento del reinado de este Divino Corazón, que reinará a pesar de Satanás, y de cuantos a ello se opusieren. Ahora es tiempo de obrar y sufrir en silencio, como lo hizo El por nuestro amor. Persuadase de que durante toda la eternidad recordará complacido lo que V. C. y esas otras cinco personas han hecho por El; de tal suerte que llegará un día en que digáis que, aunque hubierais sufrido todos los tormentos de los mártires, os tendríais, por bien pagadas, aunque no fuera más que con ese gran número de almas que el Divino Corazón quiere apartar de la perdición por este medio.

Debe servirle de mucho consuelo tener tan íntima unión con el buen Padre de La Colombière, porque hace él en el cielo, por su intercesión, lo que se va obrando aquí abajo en la tierra para gloria de este Sagrado Corazón. Sobrelleve, pues, con grandes ánimos todas esas pequeñas contradicciones, puesto que representa su persona en el cargo tan importante que le ha dado.

Por lo que a mí toca, bien sé yo que lo que me pertenece

justamente es la cruz, ya que este divino Corazón me ha dado a conocer claramente que quería fundar su reino sobre la destrucción y anonadamiento de mí misma. Y sabe llevar a cabo su obra, pues no me deja un momento sin cruz y a veces emplea su santidad en ella tantos obreros, que si no fuera tan malvada como soy para resistir, el trabajo se acabaría pronto.

Le confieso en confianza que, si su bondad no me enviase el caritativo socorro de las santas almas que ruegan por mí, no podría vivir. Es tan bueno, que no consiente que carezca de nada, llegando hasta inspirar a algunos santos religiosos que ofrezcan el santo sacrificio de la Misa a mi intención todos los viernes. Así que se dirán todos los meses cuatro misas por mí, durante mi vida, a no ser que mueran antes que yo, y esto se ha hecho a mis espaldas. A alguno de ellos no los he visto nunca. Me han escrito diciéndome que nunca habían recibido tantas gracias como en el ejercicio de esta obra de caridad, y yo recibo por medio de ella extraordinario auxilio. El nombre del que ha compuesto el Oficio es el R. Padre Gette.

Ya véis con cuánta confianza le escribo, fundada en la seguridad que me da [de que sólo V. C. verá cuanto le digo, después de lo cual le suplico encarecidamente que queme mis cartas. A menudo no sé ni lo que escribo, y quizá repita con frecuencia la misma cosa, escribiendo en diversas ocasiones por falta de tiempo. No puedo leer lo que escribo, sin mucho trabajo, por la gran humillación en que esto me pone. Además no podría prever nada de lo que tengo que decir, sino decir y escribir sencillamente lo que me viene a la mente. ¡Ay!, si conociera cuán criminal es mi vida, vería] que es muy justo el deseo que tengo de estar enterrada en eterno olvido y desprecio de las criaturas, yo que las he engañado, aunque sin querer hacerlo.

No olvido nuestra unión en el Sagrado Corazón de Jesucristo, el cual, si no me engaño, hace sentir a nuestro santo Fundador complacencias inexplicables, con motivo del establecimiento de su devoción en nuestro Instituto. Porque quiere ser El su sostén y defensor, con tal que no pongamos obstáculo con nuestras infidelidades. ¡Cuántas bendiciones y gracias me parece que se ha propuesto derramar sobre este querido Instituto, y en particular sobre las casas que le procuren mayor honra y

gloria! Pero exige de nosotras que seamos fieles en quitar lo que nos dé a conocer que es impedimento a la complacencia que en él quiere tener derramando la suave unción de su amor sobre las Comunidades, así en general como en particular.

D. S. B.

CARTA XCVIII

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

¿Cómo elevarse a la unión con el soberano Bien? Riquísimos tesoros en el amor a la propia abyección. Tres visitas diarias en el santo tiempo de Cuaresma. Gratitud por unos libros. Afectuosos saludos.

¡Viva † Jesús!

[Hacia el fin de Marzo de 1689.]

Que para siempre se rinda amor, gloria y alabanza al Corazón todo amor, todo amante y todo amable de nuestro adorable Salvador, por todo el bien que producirá y obrará en las almas por medio del establecimiento del reinado de su puro amor en los corazones de buena voluntad. En este número creo yo que está el suyo, queridísima e íntima Hermana, por los buenos deseos que veo tiene de seguirle animosamente por el camino que le ha trazado. He sentido consuelo al leer su carta, la cual me confirma más y más en los sentimientos que me parece me ha dado siempre este divino Corazón hacia V. C., y que tantas veces le he reiterado que temo cansarla. Mas permóname mi querida amiga; no puedo decirle otra cosa sino que el anodamiento de sí misma la elevará a la unión con su soberano Bien. Si se olvida de sí, le poseerá a El; y si a El se abandona, El la poseerá a V. C.

Vaya, pues, llena de fe y amorosa confianza, a entregarse a merced de su Providencia, haciéndose como un campo que El pueda cultivar a su gusto, sin que haya resistencia alguna por su parte. Permanezca en una humilde y apacible adhesión a su beneplácito, escondida en las sagradas tinieblas del amor a su abyección, pues no puedo dejar de creer, y cada vez con mayor certeza, que ahí es donde la quiere y donde la mira con

complacencia, sobre todo cuando esas preciosas humillaciones dan alguna amargura a su pobre corazón.

Pero tenga buen ánimo, que las mejores medicinas para la salud son muchas veces las más amargas al paladar. Y en fin, queriendo Dios poseer todo nuestro corazón, no le dejará gustar más que amargura en las criaturas y en todas las cosas de aquí abajo para que retirando de ellas todos sus afectos, quede abismado en El por la unidad del amor a su abyección. Mucho me alegra la amargura que siente, porque le será ocasión de nuevos triunfos.

Con el deseo de dar gusto al suyo de tener alguna práctica, he hecho por V. C. una peregrinación a nuestra capilla del Sagrado Corazón. Pero mis pecados me hacen indigna de oír su voz, y no he tenido más que este pensamiento: que ama tiernamente su alma, y recibirá placer en que todos los días durante todo este santo tiempo de Cuaresma le haga tres visitas, ya sea ante su imagen, o bien en presencia del augustísimo Sacramento.

La *primera*, para pedirle que ese divino Corazón sea un canal por el cual el Padre Eterno derrame continuamente sus misericordias sobre los corazones endurecidos de los pecadores, para atraerlos a su conocimiento y amor.

La *segunda* visita será para rogarle que establezca su reinado de caridad y amor en nuestro Instituto.

Y la *tercera*, para ofrecerse a El como víctima de holocausto para ser consumida en la cruz de su abyección por las llamas de su puro amor; puede hacer todo esto en espíritu.

A fin de que su bondad cumpla en V. C. lo que por medio de esto desea, y le conceda las gracias que pretende, sentíme como impulsada al volver de la peregrinación que he hecho por V. C., a darle y dejar a su disposición una de la Misas que ha inspirado a algunos santos religiosos digan por mi intención todos los Viernes. A V. C. toca apropiarse la del Primer Viernes después de recibir ésta.

En cuanto a lo demás, le doy gracias, querida amiga, por los dos preciosos libros, que envié a mi hermano el sacerdote en cuanto los recibí; pues me los pedía con tanto afán, que me había visto obligada a mandarle el que tenía reservado para mí, después de haberlo copiado. Veo que su querida Madre (*la*

M. María Felicia Dubuysson) no ha recibido la que tuve el gusto de escribirle, lo cual no dejó de contrariarme un poco; y si no fuera por temor de serle importuna, le hubiera vuelto a escribir. Le suplico encarecidamente que supla esta falta, asegurándola que conservaré siempre hacia ella la estima, respeto y amistad que el Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro me hace sentir hacia ella y hacia su queridísima Hermana «Depuesta» (*la H. Luisa Enriqueta de Soudeilles*). Présentele, le ruego, mis humildes respetos, y dele mil gracias a la respetable Madre por los libritos.

CARTA XCIX

A SU HERMANO. CURA DE BOIS-SAINTE-MARIE

El apostolado de los libros. Exhorta a un señor enfermo a la amorosa paciencia.

¡Viva † Jesús!

[Marzo de 1689.]

Aprovecho con gusto esta ocasión tan oportuna para asegurarte lo mucho que te estimo, y al mismo tiempo para decirte que he recibido la tuya; pero no dices en ella si has recibido tres libritos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que te he enviado. Temo que se hayan perdido. Te ofrezco uno de los que han impreso recientemente en Dijon. En él hallarás la Misa del Sagrado Corazón; pero hasta el presente sólo la diócesis de Langres tiene permiso de la Santa Sede Apostólica para decirla el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento.

Te quejas, mi querido hermano, porque no te digo nada referente al buen señor Desholmes. ¡Ay! ¿qué podría decirte, sino que hay que exhortarle a tener paciencia en medio del sufrimiento, puesto que no es voluntad de Dios librarle de él por ahora? Que procure aprovecharse de él porque, a mi entender, Nuestro Señor no le tiene en este estado de aflicción más que para la santificación de su alma. Así que es necesario someterse a la voluntad de Dios y besar la mano que nos hiere, pensando que es preferible sufrir en esta vida antes que en la otra. Por-

que un momento de sufrimiento, llevado por amor de Dios, tiene por premio, como sabes, una eternidad bienaventurada. En fin, mi querido hermano, la vida nos la ha dado para sufrir, y la eternidad para gozar.

CARTA C

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

“Reinará este amable Corazón, a pesar de Satanás.” La devoción al Sagrado Corazón, hermoso árbol cargado de frutos para la Orden de la Visitación y para que ella los distribuya. Deseos y promesas del Corazón de Jesucristo respecto a Luis XIV. Misión especial y gracias particulares recabadas por el P. de La Colombière para la Compañía de Jesús. Profusión de bienes de aquella fuente inagotable.

¡Viva † Jesús!

Después de la fiesta del Sagrado Corazón.
[17 de] Junio de 1689.

En fin, querida Madre, ¿no estamos aún del todo consumidas por las llamas del Divino Corazón de nuestro adorable Salvador, después de haber recibido tantas gracias que son como otras tantas llamas abrasadoras de su puro amor, que nos deben quemar incesantemente con el deseo de una perfecta gratitud y fiel correspondencia a sus designios? Reinará este amable Corazón a pesar de Satanás [y sus secuaces]. Esta palabra me transporta de alegría, y constituye todo mi consuelo. Pero no me es posible explicarle las grandes gracias y bendiciones que esto atrae sobre nuestro Instituto, y en particular sobre las casas que le procuran mayor honor y gloria. He aquí cómo me lo dio a entender:

Mostróme la devoción de su Corazón adorable como un hermoso árbol que había destinado desde toda la eternidad, para que germinase y echase sus raíces en medio de nuestro Instituto, y que extendiese después sus ramas por las Casas que lo componen, a fin de que cada una pueda recoger los frutos conforme a su deseo y gusto. Con todo la abundancia de gracias no será igual para todas, sino según el trabajo que pusiere cada una, lo mismo que el provecho, que será mayor o menor, con-

forme a la buena disposición de las que se alimenten de estos frutos de vida y de salud eterna. Estos deben renovarnos en el primitivo espíritu de nuestra santa vocación.

Me parece que nunca se ha aumentada tanto la gloria accidental de nuestro santo Padre y Fundador como se aumenta ahora por este medio; pero quiere este divino Corazón, que las Hijas de la Visitación distribuyan con abundancia los frutos de este árbol sagrado a cuantos desean comerlos, sin temor de que llegue a faltarles. Porque, según lo ha dado a entender a su indigna esclava, pretende volver a dar vida a muchos por este medio, apartándolos del camino de perdición y echando por tierra el imperio de Satanás en las almas. No dejará perecer a ninguna de las que se le hayan consagrado para tributarle todos sus homenajes y el amor de una voluntad franca y sincera, y procurarle el de todos, en cuanto alcanzare su poder.

Pero no quiere pararse aquí: tiene aún designios mucho mayores que sólo puede ejecutar su omnipotencia, la cual puede cuanto quiere. Me parece, pues, que desea entrar con pompa y magnificencia en las casas de los Príncipes y de los Reyes, para ser en ellas tan honrado cuanto fue ultrajado, despreciado y humillado en su Pasión, y recibir tanto contento viendo a los grandes de la tierra abatidos y humillados ante El, cuanto fue la amargura que sintió viéndose anonadado a sus pies. Y he aquí las palabras que oí referentes a nuestro Rey: *Haz saber al hijo mayor de mi Sagrado Corazón, que así como se obtuvo su nacimiento temporal por la devoción a los méritos de mi Sagrada Infancia, así alcanzará su nacimiento a la gracia y a la gloria eterna por la consagración que haga de su persona a mi Corazón adorable, que quiere alcanzar victoria sobre el suyo, por su medio sobre los de los grandes de la tierra. Quiere reinar en su palacio, y estar pintado en sus estandartes y grabado en sus armas para que queden triunfantes de todos sus enemigos, abatiendo a sus pies a esas cabezas orgullosas y soberbias, a fin de que quede victorioso de todos los enemigos de la Iglesia* (49).

Tiene, mi buena Madre, motivo para reírse de mi sencillez

(49) Véase la carta 107.

¿Por qué limitar estos anhelos de Nuestro Señor Jesucristo a la nación vecina? ¿Por qué no extenderlos también a otras naciones y señaladamente a nuestra España? ¿No ha aseverado El más de una vez *Reinaré en España y con más veneración que en otras partes?* ¿No ha repetido así en nues-

en decirlo todo esto; pero sigo el impulso que me es dado en el acto de recibirlo.

Nuestro buen Padre de La Colombière ha alcanzado que, después de nuestro querido Instituto, sea favorecida la santa Compañía de Jesús con todas las gracias y privilegios particulares de esta devoción del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, prometiéndoles que derramará abundantemente y con profusión sus bendiciones sobre los trabajos del santo ejercicio de caridad con las almas, en que ellos se ocupan. Este Divino Corazón desea ardientemente ser conocido, amado y honrado particularmente por esos buenos Padres, a los cuales promete, si no me engaño, derramar de tal modo la unción de su amor sobre sus palabras con gracias tan excelentes y poderosas, que serán como una espada de dos filos, que penetrarán los corazones más endurecidos de los más obstinados pecadores para que brote de ellos la fuente de la verdadera penitencia que purifica y santifica a las almas. Pero para esto es preciso que procuren sacar todos sus conocimientos del manantial [inagotable de toda la ciencia y caridad de los Santos], del Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro. Mucho podría decirle sobre esto, porque hay en esta Santa Compañía grandes amigos [y favoritos del Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro], grandes amigos de Dios (50).

¡Ah, cuántas gracias de santificación ha derramado [sobre sus devotos] este divino Corazón en el día de su fiesta, y con cuánta fuerza reitera todas las promesas que ha hecho en su favor de no dejarlos perecer!

Y en cuanto a su Confesor (*Mr. Charollais*) creo que está en el número de sus más queridos amigos; tanto que al pedir

tros días: *Yo Reinaré hasta el fin de los tiempos en ella de una manera singular?* ¿No ha satisfecho ya en parte la católica España aquellos deseos con su Consagración oficial en el Palacio Real el 29 de Junio de 1911, y en la Cripta de la Almudena el 7 de Julio del mismo año y en la grandiosa inauguración del Monumento Nacional en el Cerro de los Angeles el 30 de Mayo de 1919? ¿No está trabajando para erigirle otro Monumento mucho más espléndido y magnífico que éste, destruido por los marxistas el 5 de Agosto de 1936? ¿No vemos muchas veces sus victoriosas Banderas esmaltadas con su bendita imagen?

Hacen, pues, bien, muy bien, los católicos españoles, al trabajar por la plena realización en nuestra Patria de aquellos divinos anhelos.

(50) Véase la nota segunda de la carta 141.

al divino Corazón la gracia de esa santa unión y asociación de que V. C. nos había hablado, al ir a comulgar recibí esta respuesta en su favor: *Asegúrale que mi puro amor os une en mí para siempre*, y me pareció ver las muchas gracias que le tenía destinadas.

Le confieso que me siento incapaz de explicar lo que me ha dado a conocer con motivo de las gracias y profusión de bienes que desea derramar sobre nuestro santo Instituto, al cual quiere hacer objeto de sus complacencias. Pero ¡ay! ¿no habrá alguna Comunidad que sólo sienta frialdad hacia El, obligándole a entrar con pena en los corazones que la componen? De esto se queja. Y aún tiene más motivo para hacerlo de mí y de todas mis ingratitudes para tan grande bondad, que continuamente me concede tantas gracias; y me quita el poder para explicarlas. Bástame el poseerlas en este abismo impenetrable de donde salen, suplicándole encarecidamente que le bendiga por mí.

D. S. B.

CARTA CI

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Repugnancia a escribir cartas. "Nos basta el amor a nuestra querida abyección". Qué es lo que más embelesa a Margarita en la Sagrada Pasión. A qué misterio de ella tiene más afecto.

¡Viva † Jesús!

[Junio 1689.]

Sí, queridísima y amadísima Hermana: le he contestado y muy extensamente a la carta de que me habla. Pero no es la única que se queja de la pérdida de nuestras cartas, y bien veo que lo mejor es no volver a escribir. pues pienso que tal vez permita el Señor que se pierdan porque no le agradan a causa de mis pecados. Y le confieso que escribo con repugnancia, viéndome tan lejos de lo que digo. Y no es que el Sagrado Corazón de nuestro adorable Salvador no haga que su alma sea cada vez más querida de la mía; pero no puedo repetirle aquí cuanto le decía en la precedente, sino solamente una palabrita acerca de lo que me indica, con motivo del amor a su abyección.

Y es que me parece haberle dicho ya que debe recibir y sufrir en silencio todas las ocasiones que nuestro divino Maes-

tro le proporcione, sin decir nunca: *basta*, por mucha repugnancia que sienta la naturaleza. Todo consiste en esto. Sólo una cosa nos es necesaria: que es el *puro amor divino en el de nuestra abyección*, abandonándonos a la amorosa providencia del sagrado y amable Corazón de Jesús, para dejarnos conducir y gobernar a su gusto. Por su cuenta corre proveernos de cuanto sea necesario para nuestra santificación, con tal que nos ofrezcamos a recibirlo todo bien, y según sus designios; con esto basta.

Así, pues, nos basta el amor a nuestra querida abyección en el de nuestro Señor Jesucristo, aun para honrar los misterios de su sagrada muerte y Pasión, que desea honremos, guardando aquel sagrado silencio que El guardó en todas las ocasiones de humillación y sufrimiento. Le confieso en efecto que nada me embelesa tanto como el silencio que guardó tan exactamente durante el curso de su Pasión; a imitación suya no abramos la boca sino para rogar por los que nos afligen.

Me pregunta a cuál de los misterios de su Sagrada Pasión tengo mayor afecto. Después de lo que acabo de decirle, añadiré sencillamente, que a la Crucifixión, y a quedarme con la Santísima Virgen al pie de la Cruz y bajo el pie de la cruz, para enclavarme en ella y unirme a todo lo que El hizo por nosotros. En fin, querida amiga; debemos ahora albergarnos siempre en su adorable Corazón, y no salir de El, suceda lo que suceda; es fortaleza segura y nuestro lugar de refugio. No nos abandonará; así lo espero y se lo pido de todo corazón. Pero cuán obligadas quedamos a este Corazón amabilísimo de Jesús porque nos lleva por un camino tan seguro como es el de las humillaciones en el amor a nuestra abyección. No busquemos ni deseemos otra cosa, puesto que nada hay más a propósito para nuestra santificación. En el amor de ese Sagrado Corazón soy toda suya,

Sor Margarita María,
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Mil respetuosos saludos a su respetable Madre y a su querida Hermana «Depuesta».

CARTA CII

A SU HERMANO, EL ALCALDE

Le estimula a corresponder plenamente a los impulsos que le da el mismo Corazón de Jesús. "El día de su fiesta es un día de salud y bendición eterna". Apostolado de los libros y estampas. Que venga pronto esa joven postulante. Afectuosos recuerdos para su cuñada y sus sobrinas. Seamos, hermano mío, fervientes amantes y apóstoles del Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

[Fines de Junio de 1689.]

Desearía, mi amadísimo hermano, que el tiempo me permitiese expresarte mis afectos; verías que el Sagrado Corazón de Jesucristo no te comunica esos santos impulsos sino por el ardiente amor que te tiene, el cual le hace desear, la posesión de tu corazón sin mezcla ni división. Arréglate de modo que sea así en cuanto tus obligaciones te lo permitan, y no te pide más. Pero pretende El hacerte merecer en medio de tu impotencia para ejecutar todos esos buenos deseos, lo mismo que si llegases a realizarlos. ¡Oh!, cuánto te ama el Divino Corazón, mi querido hermano, y cuán lejos está de lo que dices puesto que me parece que desea te lo asegure y te diga que no debes desconfiar de su bondad, mientras no hayas agotado sus misericordias con las que por todas partes te rodea. ¿Qué es, pues, lo que debes temer, sino la pérdida de la confianza en El, que le hace fuerza y le ataca hasta el trono mismo de su omnipotencia, a fin de que se incline a socorrer nuestra debilidad?

No te puedes figurar el consuelo que me das con haber celebrado tan bien la fiesta de este adorable Corazón. Es maravilloso que todos la celebren del modo que lo hacen. Los Reverendos Padres Jesuitas tuvieron el Santísimo expuesto, y sermón. Nosotras la celebramos también lo mejor que pudimos, según nuestra pequeñez. Y en verdad, mi querido hermano, me parecía que el día de esta fiesta es un día de salud y de bendición eterna para todos los que la celebran con corazón humilde y sincero. Amemos, pues, a este Divino Corazón y procuremos asemejarnos en todo a El.

En cuanto a los libros, tienen tanto afán por ellos, que no

sé si podremos conseguir algunos; haremos cuanto nos sea posible por satisfacer tu devoción, ya en cuanto a los libros, ya en cuanto a las estampas, que me parecen cuestan seis sueldos la docena, y los libros me parece que un cruzado, y los otros en que está el Oficio, tres sueldos. Me dirás de cuáles quieres. Mucho me disgusta que no te puedan satisfacer en lo de los ramos; pero nuestras Hermanas están tan ocupadas en adornar la Capilla del Sagrado Corazón, que nos hemos visto precisadas a dar negativas a varias personas, porque ya no quieren venderlos.

Sí, mi querido hermano, ganarán Indulgencia plenaria en las iglesias de las religiosas de Santa María el día de la Visitación de la Santísima Virgen, cuantos confiesen y comulguen en ellas.

En cuanto a la joven de quien nos hablas, la recibiremos por caridad y fiadas en lo que mi hermano y tú nos decís; y para hacerlo negamos la entrada a otra, que posee por los menos más del doble; pero se ha expuesto el estado en que se halla esa familia, y esto ha sido causa de que la eligieran a ella, con tal que dé para los hábitos de religiosa una cruz de plata de nueve o diez francos, un tenedor y cuchara de plata y un equipo de ropa suficiente. Pero en nombre de Dios dile que se determine a portarse bien para que no tengas el disgusto de verla salir. Traela lo antes posible para que no se provea de plaza por otro lado.

Mil recuerdos y afectos a mi amadísima hermana, a quien abrazo y amo tiernamente en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No la olvido en su presencia, y me causa sumo gozo el deseo que el Sagrado Corazón le comunica de adornar su Capilla. La suplico encarecidamente que no deje de hacer nada, y que ella misma y mis queridas sobrinas sean siempre las sacristanas, y que se juzguen por muy fieles en tener esa ocupación que Dios premiará con el cien doblado. Le suplico que acepte un librito de la Santísima Virgen que nos han enviado de Lyon; en cuanto a ti, mi amadísimo hermano, me agradecerías mucho (*faltan palabras*) empaquetar... de ese Vener... (*¿Padre La Colombière?*) pues le estás muy obligado por las gracias que recibes por su intercesión. Mas no es esa devoción como la del Sagrado Corazón, que debe ser pública; esa otra, por el

contrario, ha de ser privada, por no estar todavía aprobada por la Santa Iglesia. Si deseas tener sus letanías te las enviaremos, pero no se las des a nadie.

¡Ah!, mi querido hermano, ¿qué daremos al Señor por los grandes bienes que nos hace?, porque si tú y toda nuestra familia no es familia de santos, no podemos culpar por ello a Dios... Me atrevo a decir que lo desea, y que por nuestra parte no debemos omitir cosa alguna para secundar sus designios. Para esto nos manifiesta la devoción de su Sagrado Corazón, que contiene tesoros incomprensibles, y quiere se derramen en todos los corazones de buena voluntad, porque es el último esfuerzo del amor del Señor a los pecadores para atraerlos a penitencia y comunicarles abundantemente sus gracias eficaces para obrar su salvación. Muchos de ellos saldrán por este medio del abismo de perdición; pero desgraciados de aquellos que no se aprovecharen de ellas.

Pidámosle mucho que establezca su Reinado en todos los corazones. Contribuyamos a ello con todas nuestras fuerzas; no perdonemos para conseguirlo, ni los bienes, ni la misma vida. En fin, no sé dejarte, aunque en confianza te digo que me abrumen de escritos, a pesar de que contesto lo menos posible. Me parece inútil decirte que ruego por ti, puesto que este Divino Corazón nos ha unido en El por medio de su santo amor, en el cual soy toda tuya,

Sor Margarita María.

De la Visitación de Santa María.

D. S. B.

CARTA CIII

Billete que dirige la Santa a una persona desconocida, y que parece haber ido junto con la carta siguiente.

Sería amonestación a una persona para que corresponda a la gracia.

¡Viva † Jesús!

Si recuerda que un Profeta fue instruido por una burra, no encontrará dificultad en creer que Dios se sirve de la más ruin y miserable de todas las pecadoras para decirle que no difiera el sacrificio que le está pidiendo desde el momento de

su elevación. Si no lo hace, en la hora de la muerte sentirá amargo arrepentimiento, pero será inútil. No quiera saber quién le dice estas palabras; más recibídlas como Dios se lo inspire.

D. S. B.

CARTA CIV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Severa amonestación a dos personas enemistadas. Violencia que tiene que hacerse la Santa para hablar de sus cosas. Acerca de "el librito de Dijon". "Pausada y suavemente, aunque con energía y diligencia". "Este Divino Corazón es todo dulzura, humildad y paciencia". Fragmentos de una carta del Padre Croiset, S. J.

¡Viva † Jesús!

21 de Agosto de 1689.

He hecho, mi queridísima Madre, lo que V. C. deseaba de mí, en lo referente a la persona de que me habla, pero me parece que la dureza de su corazón hacia esa otra persona, tornará de tal modo insensible para ella al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que no solamente le negará las gracias que había determinado concederle para unirla a Sí y perfeccionarla, sino que le quitará también las más eficaces para su eterna salvación y la abandonará a sí misma. Para impedir este mal es preciso que se haga toda la violencia que pueda para reconciliarse con esa otra persona, la cual debe también violentarse por su parte para contribuir, cuanto le sea posible, a esta unión tan necesaria para la santificación de una y otra. Es preciso para esto que ambas se venzan, y entonces el Divino Corazón les dará con su gracia el auxilio necesario; pero no conseguirán nada sin trabajo. Esto es lo único que puedo decirles sobre este asunto, por el cual seguiré aplicando mis indignas oraciones.

Le confieso, mi querida Madre, que su silencio acerca de las dos largas cartas que tuve el honor de escribirla me apena un poco, pues no sé a qué atribuirlo sino tal vez a que os haya expuesto demasiado libre y sencillamente lo que pensaba, y que quizá debí encubrir bajo un humilde silencio. Si cree que debo hacerlo así, no tiene más que indicármelo, y le aseguro que en

esto contentaré en extremo mi inclinación a no hablar nunca de esas cosas, prefiriendo tenerlas sepultadas en el secreto del Sagrado Corazón de mi Divino Maestro, el cual es testigo de la violencia que tengo que hacerme para hablar de ello. Y aun no podría resolverme a hacerlo si no me diese a conocer que va en ello el interés de su gloria, por lo cual sacrificaría con gusto millones de vidas, si las tuviese, por el gran deseo que siento de darle a conocer y hacer que sea amado y glorificado.

Pero quizá no haya recibido mis cartas, lo que me afligiría todavía más, porque le confieso que me mortificaría mucho que cayesen en otras manos que en las tuyas, y por este medio fueran vistas de otras personas fuera de V. C. Porque la seguridad que siempre me dio de que nadie las vería me hace hablarla con el corazón en la mano. En fin, le ruego que me diga si las ha recibido, a no ser que mi Soberano Maestro le inspire que me deje sufrir esta pena por su amor, a lo que me someteré gustosa, puesto que sólo quiero y deseo el cumplimiento de su santísima voluntad.

Permítame, mi querida Madre, que le ofrezca un librito de la devoción al Sagrado Corazón (*el Librito de Dijón, compuesto por la hermana Joly*). Casi en el momento en que nos lo regalaron tuve intención de desprenderme de él en favor suyo, con la esperanza de que los intereses del Sagrado Corazón de nuestro divino Maestro harán que en él halle consuelo. Nos lo ha enviado un gran siervo de su Divina Majestad, que ha tomado muy a pecho la gloria y los intereses del Corazón de Nuestro Soberano Maestro, al cual desea sacrificar todos los suyos; mas por ahora no quiere ser conocido ni que se sepa su nombre. Y para su consuelo, que me es tan querido como el mío, os envío la copia de una parte de su carta (51) que como a mí, os moverá

(51) He aquí este fragmento que anunciaba la Santa a la destinataria de la carta. Es casi seguro de una del P. Croiset, S. J.:

«...Uno de nuestros Padres que es hombre de gran virtud y excelente predicador, me ha rogado que le envíe uno de esos libritos, porque tiene el designio de hacer algún sermón sobre esta devoción; así lo he hecho, y como predica en una gran ciudad y tiene mucho auditorio, no dudo que realice el proyecto que tiene de inspirar esta devoción a todo el mundo. He aquí, pues, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús esparcida, predicada, inspirada y bien pronto floreciente en todas partes. ¡Qué gran consuelo tendrá con esta feliz noticia! ¡Que el Señor que ha obrado esta maravilla sea para siempre alabado y bendito! Ya tiene sus deseos a medio